

# JOAN DIDION

## Según venga el juego



Lectulandia

A sus treinta años, Maria Wyeth se encuentra emocionalmente a la deriva y ajena a todo lo que le rodea. Su carrera de actriz se ha limitado a papeles en películas de tercera y siempre ha vivido a la sombra de su marido, un reconocido director de Hollywood que nunca le ha permitido tomar sus propias decisiones con respecto a su hija de cuatro años —recluida en un centro médico para niños con necesidades especiales—, ni con respecto a su nuevo embarazo.

Con una mirada implacable y una voz inconfundible, Didion disecciona sin contemplaciones la sociedad estadounidense de finales de los años sesenta, explorando, por un lado, la realidad de ser mujer en una sociedad en la que siempre han prevalecido las necesidades masculinas y, por otro, capturando el estado de ánimo de toda una generación que vive bajo el engaño de las apariencias, la amoralidad, las consecuencias del liberalismo extremo y el hastío generalizado del individuo contemporáneo.

**Lectulandia**

Joan Didion

# **Según venga el juego**

ePub r1.0

Titivillus 23.04.18

Título original: *Play It As It Lays*  
Joan Didion, 1970  
Traducción: Cruz Rodríguez Juiz

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

PROYECTO SCRIPTORIUM  
*Más libros, más libres*

5

ANIVERSARIO



EDICIÓN CONMEMORATIVA

*Para John*

## MARIA

¿Qué hace malvado a Iago?, preguntan algunos. Yo nunca pregunto.

Otro ejemplo, uno que me viene a la cabeza porque esta mañana la señora Burstein ha visto una cascabel pigmea entre las alcachofas y desde entonces está intratable: yo nunca pregunto por las serpientes. Por qué debería Shalimar atraer a los búngaros. Por qué habría de necesitar una serpiente de coral dos glándulas de veneno neurotóxico para sobrevivir mientras que una serpiente rey, tan similar, no necesita ninguna. Dónde queda la lógica darwiniana. Podrías preguntarlo. Yo nunca lo hago, ya no. Recuerdo un incidente recogido no hace mucho en el *Herald-Examiner* de Los Ángeles: cerca de Boca Ratón encontraron muerta en su caravana a una pareja de luna de miel, oriunda de Detroit; una serpiente de coral seguía enroscada en la manta térmica. ¿Por qué? A menos que estés dispuesto a pensar a largo plazo, no existe una «respuesta» satisfactoria para tales preguntas.

Pues eso. Soy lo que soy. Buscar «razones» no tiene sentido. Pero como aquí se dedican a buscarlas, me preguntan. Maria, sí o no: Veo una polla en esta mancha de tinta. Maria, sí o no: Un gran número de personas tienen malas conductas sexuales, creo que mis pecados son imperdonables, el amor me ha decepcionado. ¿Cómo podría contestar? NADA VIENE AL CASO, escribo con el lápiz IBM imantado. Qué viene al caso, preguntan después, como si la palabra «nada» fuera ambigua, abierta a interpretaciones, un fragmento dudoso de una runa islandesa. Solo existen ciertos hechos, digo, intentando otra vez participar amablemente del juego. Ciertos hechos, ciertas cosas que ocurrieron. (Por qué molestarse, podrías preguntar. Yo me molesto por Kate. Aquí juego por Kate. Carter ingresó a Kate y yo voy a sacarla). Malinterpretarán los hechos, inventarán conexiones, extrapolarán razones de donde no las hay, pero ya te lo he dicho, es a lo que se dedican.

Así que me sugirieron que dejara sentados los hechos, y los hechos son los siguientes: Me llamo Maria Wyeth. Se pronuncia *mar-ay-a*, que quede claro desde el principio. Aquí hay gente que me llama «señora Lang», pero yo nunca lo he hecho. Edad, treinta y un años. Casada. Divorciada. Una hija, de cuatro años. (Aquí no hablo con nadie de Kate. Donde está Kate le ponen electrodos en la cabeza y agujas en la columna e intentan averiguar qué falló. Es otra versión más de por qué una serpiente de coral tiene dos glándulas de veneno neurotóxico. Kate tiene una debilidad en la columna y una sustancia química anómala en el cerebro. Kate es Kate. Carter no pudo acordarse de la debilidad de la columna o no habría permitido que la pincharan ahí). De mi madre he heredado el físico y la tendencia a las migrañas. De mi padre he heredado un optimismo que no me abandonó hasta fecha reciente.

Detalles: nací en Reno, Nevada, y a los nueve años me mudé a Silver Wells,

Nevada, población entonces 28 habitantes, ahora 0. Nos trasladamos a Silver Wells porque mi padre perdió la casa de Reno en una partida privada y de casualidad se acordó de que era propietario de un pueblo, Silver Wells. Lo había comprado o lo había ganado o quizá se lo dejara su padre, no estoy segura y a ti no te importa. Teníamos muchas cosas y lugares que iban y venían, un rancho de ganado sin reses y una estación de esquí pagada con la segunda hipoteca de alguien y un motel que habría estado convenientemente situado a la salida de la autopista si hubieran construido la autopista; me educaron para creer que la siguiente tirada siempre sería mejor que la anterior. Ya no lo creo, pero te cuento cómo era. Lo que teníamos en Silver Wells eran ciento veinte hectáreas de mezquite y algunas casas y una gasolinera Flying A y una mina de cinc y un apartadero de los ferrocarriles Tonopah & Tidewater y una tienda de baratijas y luego, cuando a mi padre y a su socio Benny Austin se les ocurrió la idea de que Silver Wells era una atracción turística natural, un campo de minigolf y un museo de reptiles y un restaurante con algunas tragaperras y dos mesas para jugar a los dados. Las tragaperras no eran exactamente rentables porque la única persona que jugaba era Paulette, con monedas de la caja registradora. Paulette regentaba el restaurante y (ahora lo veo) se tiraba a mi padre y a veces me dejaba fingir ser la cajera después de clase. Digo «fingir» porque no teníamos clientes. Pasó que la autopista con la que contaba mi padre nunca llegó y el dinero se agotó y mi madre enfermó y Benny Austin regresó a Las Vegas, me topé con él en el Flamingo hace unos años.

—El único Waterloo de tu padre fue que siempre vivió veinte años avanzado a su tiempo —me informó Benny la noche del Flamingo—. El plan de la ciudad fantasma, el minigolf, la idea del *blackjack* automático, ¿qué ves hoy en día? Hoy Harry Wyeth podría ser un Rockefeller en Silver Wells.

—Hoy Silver Wells no existe —repuse—. Está en pleno campo de lanzamiento de misiles.

—Hablo de entonces, Maria. De cómo era.

Benny pidió una ronda de cubalibres, una bebida que yo no había visto pedir a nadie más que a mi madre, mi padre y Benny Austin, y le di unas cuantas fichas para que jugara por mí y fui al servicio y nunca volví. Me dije que porque no quería que Benny viera con qué clase de hombre estaba, estaba con un hombre que jugaba al bacarrá con billetes de cien del otro lado del cordón, pero no fue solo por eso. Ya puesta, no me andaré con rodeos, me incomoda el «cómo era».

Me refiero a que no conduce a ninguna parte. Benny Austin, mi madre sentada en el restaurante vacío de Paulette cuando fuera hacía casi cincuenta grados buscando en sus revistas concursos en los que podríamos participar (Waikiki, París, Vacaciones Romanas, los anhelos de mi madre insuflaban nuestra vida como un gas nervioso, «cruce el océano en un avión plateado», canturreaba para sí misma en serio, «vea la



jungla bañada por la lluvia»), los tres en la camioneta camino de Las Vegas y luego de regreso a casa en la noche clara, ciento sesenta kilómetros de ida y ciento sesenta de vuelta sin nadie en la autopista, solo las serpientes estiradas sobre el cálido asfalto y mi madre con una gardenia marchita en el pelo negro y mi padre con un botellín de Jim Beam en el suelo y charlando de sus planes, siempre tenía un montón de planes, yo jamás en la vida he tenido ninguno, nada de ello tiene sentido, nada cuadra.

Nueva York: ¿qué sentido tuvo? Una chica de dieciocho años de Silver Wells, Nevada, se gradúa en el instituto Consolidated Union de Tonopah y se va a Nueva York a estudiar interpretación, ¿cómo se entiende? Mi madre pensaba que ser actriz era bonito, solía cortarme el flequillo para que me pareciera a Margaret Sullavan, y mi padre me dijo que no tuviera miedo de irme porque si ciertos asuntos salían como tenía previsto mi madre y él serían asiduos de los aviones entre Las Vegas y Nueva York, así que me marché. Resultó que la penúltima vez que vi a mi madre fue sentada en el aeropuerto de Las Vegas bebiéndose un cubalibre, pero en fin. Todo pasa. Estoy esforzándome mucho para no pensar en que todo pasa. Observo a un colibrí, tiro el I Ching pero nunca leo las monedas, mantengo la mente en el ahora. Nueva York. Deja que me ciña a ciertos hechos. Lo que ocurrió fue lo siguiente: yo tenía buen aspecto (no te digo que fuera una bendición ni una maldición, constato un hecho, lo sé por las fotografías) y alguien me fotografió y al poco estaba ganando cien dólares la hora de las agencias y cincuenta de las revistas, lo que por entonces no estaba mal, y conocía a muchos sureños y maricas y ricachones y así pasaba los días y las noches. La noche que mi madre se salió de la autopista con el coche a las afueras de Tonopah yo estaba con un chico rico y borracho en el viejo Morocco, según calculé después: no me enteré hasta al cabo de un par de semanas porque los coyotes desgarraron el cadáver de mi madre antes de que lo encontraran y mi padre no se atrevía a decírmelo. («Hostia, pero teníamos algo estupendo en Silver Wells», me dijo Benny Austin aquella noche en el Flamingo, y quizá lo tuviéramos, quizá lo tuviera, quizá nunca debería haberme marchado, pero ese camino no lleva a ninguna parte porque como le dije a Benny «Silver Wells no existe». Lo último que supe de Paulette era que vivía en una colonia de jubilados. Imagínate). La carta de mi padre llegó a una dirección vieja y la reenviaron, la leí en un taxi una mañana que iba tarde a una sesión y cuando en mitad del segundo párrafo comprendí lo ocurrido rompí a gritar y después me pasé un mes sin trabajar. La carta sigue en mi neceser del maquillaje pero me cuida mucho de no leerla a menos que esté borracha, que dada mi actual situación es nunca. «Esta es una mala mano pero si Dios existe, y, Tesoro, creo sinceramente que tiene que haber “Algo”, nunca ha pretendido entorpecer tus Planes —así termina—. No te dejes marcar un farol porque tienes todos los ases».

Ases fáciles. No estoy segura de qué año fue porque tengo problemas con el «cómo era», pero después de un tiempo lo pasé mal. (¿Ves?, dirás ahora, ella creía que sus

pecados eran imperdonables, pero ya te lo he dicho, nada viene al caso). Los tulipanes de Park Avenue estaban sucios y me mandaron dos veces a Montego Bay a recuperar algo de color en la cara pero no podía dormir sola y trasnochaba y estaba rompiendo con Ivan Costello y todo eso se traslucía en cámara. Por supuesto ese año no regresé a Nevada porque fue el año que le grité a Ivan y me casé con Carter, y el siguiente fue el año que vinimos aquí y Carter me coló en un par de películas pequeñas (una puede que la hayas visto, un médico de aquí asegura que la ha visto pero ese hombre diría cualquier cosa para conseguir que hable, la otra no llegó a distribuirse) y no sé qué pasó al año siguiente y luego empecé a visitar Nevada a menudo, pero para entonces mi padre había muerto y yo ya no estaba casada.

Esos son los hechos. Ahora me tumbo al sol y juego al solitario y escucho el mar (el mar está al final del acantilado pero no me permiten nadar, solo los domingos, cuando vamos acompañados) y observó a un colibrí. Intento no pensar en cosas muertas y cañerías. Intento no oír el aire acondicionado de aquel dormitorio de Encino. Intento no vivir en Silver Wells ni en Nueva York ni con Carter. Intento vivir en el ahora y fijar la vista en el colibrí. No veo a nadie de los que conocía, pero tampoco es que me vuelva loca mucha gente. Es decir, puede que tuviera todos los ases, pero ¿a qué jugaba?

## HELENE

Hoy he visto a Maria. O al menos hoy he intentado ver a Maria: he hecho el esfuerzo. No lo he hecho por Maria, no me importa admitirlo, lo he hecho por Carter, o por BZ, o por los viejos tiempos o por lo que sea, pero no por Maria. «No me apetece mucho hablar contigo, Helene —me dijo la última vez—. No es personal, Helene, es que ya no hablo». No por Maria.

De todos modos no lo he conseguido. Verla. He ido hasta allí en coche, me he tomado la mañana entera y le he preparado un paquete, con todos los libros nuevos y el pañuelo de chifón que se olvidó en la playa (era descuidada, debió de costarle treinta dólares, siempre ha sido descuidada) y una libra de caviar, puede que no Beluga pero Maria no puede quejarse, además de una carta de Ivan Costello y un largo artículo que publicaron en *The New York Times* sobre Carter, podría pensarse que el artículo al menos le interesaría salvo que Maria jamás ha soportado el éxito de Carter, tantas cosas y Maria no ha querido verme. «La señora Lang está descansando», ha dicho la enfermera. Podía verla descansando, podía verla junto a la piscina con el mismo bikini que llevaba el verano que mató a BZ, tumbada junto a aquella piscina con los ojos cubiertos como si no tuviera una sola preocupación ni responsabilidad en el mundo. Jamás engorda, algo común entre las mujeres egoístas. No es que culpe a Maria de nada de lo que me ha pasado, aunque la que ha sufrido he sido yo, soy yo quien debería estar «descansando», soy yo quien ha perdido a BZ por su despreocupación, por su egoísmo, pero la culpa solo «de parte de Carter». De haber tenido ocasión Maria también habría matado a Carter. Siempre fue una chica muy egoísta, lo primero y lo último era siempre Maria.

## CARTER

He aquí algunas escenas que tengo muy claras en la cabeza.

—Siempre desayuno fuera —le digo a alguien.

Es en una cena, con un grupo de amigos. Maria diría que no eran amigos suyos, pero Maria nunca ha entendido la amistad, la conversación, las amenidades normales del trato social. A Maria le cuesta hablar con gente con la que no se acuesta.

—Voy al Wilshire o al Beverly Hills —digo—. Leo la prensa especializada, me gusta desayunar solo.

—En realidad no siempre desayuno fuera —dice Maria, en voz muy baja, a nadie en particular—. En realidad la última vez que desayunó fuera fue el 17 de abril.

El resto de los comensales primero la miran y luego desvían la mirada, asombrados, incómodos: algo en la forma en que Maria tensa las manos en el borde de la mesa les impide pasarlo por alto. Solo BZ continúa mirándola a la cara.

—A la mierda —dice entonces Maria, y le resbalan lágrimas por las mejillas.

Sigue mirando al frente, a nadie en particular.

Otra escena: está jugando en el césped con el bebé, arrojando gotas de agua con una manguera de plástico transparente.

—Ve con cuidado de que no coja frío —le digo desde la terraza; Maria levanta la vista, suelta la manguera y se aleja del bebé en dirección a la caseta de la piscina. Se gira y mira al bebé.

—Tu padre quiere hablar contigo —dice. Su voz es neutra.

Tras la muerte de BZ me pasé una temporada visionando una y otra vez estas y otras escenas similares, componiéndolas para la cámara, tratando de encontrar un orden, un patrón. No encontré ninguno. Lo único que puedo decir es esto: después de una sucesión de pequeñas escenas como estas empecé a ver la improbabilidad de reconciliarme con Maria.

# 1

En el primer y caluroso mes del otoño que siguió al verano en que dejó a Carter (el verano en que Carter la dejó, el verano en que Carter dejó de vivir en la casa de Beverly Hills), Maria conducía por la autopista. Se vestía todas las mañanas con mayor sensación de tener un propósito de la que había sentido en mucho tiempo, una falda de algodón, un jersey, sandalias que podía quitarse de una patada cuando quería notar el acelerador, y se vestía muy rápido, se pasaba un cepillo un par de veces por el pelo y se lo recogía con un lazo, porque era esencial (detenerse suponía arrojarse a un peligro indecible) que estuviera en la autopista a las diez en punto. No en algún lugar de Hollywood Boulevard, no de camino a la autopista, sino en la autopista. De lo contrario perdía el ritmo del día, su impulso precariamente impuesto. Una vez en la autopista y tras maniobrar hasta un carril rápido encendía la radio a todo volumen y conducía. Conducía de San Diego al puerto, del puerto a Hollywood, de Hollywood al Golden State, Santa Mónica, Santa Ana, Pasadena, Ventura. Conducía como un hombre de río recorre un río, cada vez más adaptado a sus corrientes, sus engaños, e igual que un hombre de río siente el tirón de los rápidos en la calma entre el sueño y el despertar, así yacía Maria por la noche en el silencio de Beverly Hills y veía pasar en lo alto las grandes señales a ciento diez kilómetros por hora, «Normandie  $\frac{1}{4}$  Vermont  $\frac{3}{4}$  Puerto A-I». Una y otra vez regresaba a un intrincado tramo al sur del enlace donde pasar con éxito de la carretera de Hollywood a la del puerto exigía cruzar en diagonal cuatro carriles de tráfico. La tarde en que por fin lo consiguió sin frenar una sola vez ni perder el compás de la radio se sintió exultante, y esa noche durmió sin soñar. Para entonces ya no dormía en la casa sino junto a la piscina, en una chaise longue de ratán descolorido que había dejado un inquilino anterior. Allí tenía conexión telefónica y usaba las toallas de playa de manta. Las toallas de playa respondían a una razón especial. Como tenía la inquietante sensación de que dormir al raso en una chaise longue de ratán podría interpretarse como el primer paso hacia algo innombrable (no sabía a qué tenía miedo, pero tenía que ver con latas de sardinas vacías en el fregadero, botellas de vermut en los cubos de la basura, dejadez más allá del punto de no retorno) se decía que dormiría fuera solo hasta que hiciera demasiado frío para dormir bajo las toallas de playa, solo hasta que el calor remitiera, solo hasta que los incendios dejaran de quemar las montañas, dormía fuera solo porque en los dormitorios de la casa hacía calor, faltaba el aire, solo porque las palmeras arañaban las persianas y no había nadie para despertarla por las mañanas. Las toallas de playa expresaban lo temporal del apaño. Fuera no tenía que preocuparse por no despertarse, fuera podía dormir. Dormir era esencial si quería estar en la autopista a las diez en punto. A veces la autopista se acababa, en un almacén de chatarra en San Pedro o en la calle principal de Palmdale o en medio de ninguna parte, donde sencillamente terminaba el immaculado hormigón ardiente y se convertía en una carretera normal, con cobertizos de obras oxidándose abandonados a

un lado. Cuando eso ocurría mantenía cuidadosamente el control, reculaba hábilmente, sentía por primera vez el gran peso del coche sosegado debajo de ella y trataba de fijar la vista en la vía principal, los grandes pilotes, la alambrada, la mortífera adelfa, los carteles luminosos, el organismo que absorbía todos sus reflejos, toda su atención.

Para no tener que parar a comer llevaba un huevo hervido en el asiento del acompañante del Corvette. Sabía pelar y comerse un huevo duro a ciento diez por hora (cascarlo contra el volante, sin sal, la sal hincha, con independencia de lo que pasara ella siempre pensaba en su cuerpo) y bebía Coca-Cola en estaciones de servicio Union 76, Standard, Flying A. Se plantaba de pie en la acera caliente y bebía de la botella y luego devolvía el casco a su sitio (intentaba siempre que el dependiente la viera devolver la botella, una demostración de responsabilidad considerada, nada de latas de sardinas en el fregadero) y luego caminaba hasta el borde del hormigón y se quedaba de pie, dejando que el sol le secase la espalda empapada. Para escuchar su propia voz a veces hablaba con el dependiente, le pedía consejo sobre filtros de aceite, la cantidad de aire que deberían llevar sus neumáticos, la ruta más rápida a Foothill Boulevard, en West Covina. Luego se arreglaba el lazo del pelo y lavaba las gafas en la fuente y ya estaba lista para volver a conducir. En el primer y caluroso mes del otoño siguiente al verano en que dejó a Carter, el verano en que Carter la dejó, el verano en que Carter dejó de vivir en la casa de Beverly Hills, una mala época en la ciudad, Maria hizo más de once mil kilómetros con el Corvette. A veces por la noche la dominaba el terror, la bañaba en sudor, inundaba su mente de vívidos destellos de Les Goodwin en Nueva York y Carter en el desierto con BZ y Helene y la irrevocabilidad de lo que ya parecía haber sucedido, pero nunca pensaba en ello en la autopista.

## 2

La segunda película que había hecho con Carter se titulaba *Angel Beach*, y en ella interpretaba a una chica violada por los miembros de una pandilla de motoristas. Carter había rodado la película por trescientos cuarenta mil dólares y el estudio la había distribuido masivamente y a final del primer año el bruto nacional e internacional casi alcanzó los ocho millones de dólares. Maria la había visto dos veces, una en el pase previo del estudio y la segunda a solas, en un autocine de Culver City, y en ninguna ocasión tuvo la impresión de ser la chica de la pantalla. «Te miro y sé que... lo que pasó no ha significado nada», decía la chica de la pantalla, y «La vida es mucho más que placeres, ahora me doy cuenta, no hay placeres». El montaje original de Carter terminaba con un plano de la pandilla de motoristas, como si representaran una realidad que la chica interpretada por Maria no captaba del todo, pero la versión que distribuyó el estudio acababa con un *travelling* largo de Maria paseando por un campus. Maria prefería el montaje del estudio. De hecho, le gustó ver la película: la chica de la pantalla parecía tener el don de controlar su destino.

La otra película, la primera película, la película que jamás se distribuyó, se titulaba *Maria*. Carter simplemente había seguido a Maria por Nueva York y la había grabado. No fue hasta que se mudaron a California y Carter comenzó a montar la película cuando entendió plenamente lo que él estaba haciendo. La película mostraba a Maria en una sesión de fotos de moda, a Maria durmiendo en un sofá en una fiesta, a Maria al teléfono discutiendo con el departamento de cuentas de Bloomingdale's, a Maria limpiando marihuana con un colador de cocina, a Maria llorando en el metro. Al final pasaba a negativo y parecía muerta. La película duraba setenta y cuatro minutos y había ganado un premio en un festival de Europa del Este y a Maria no le gustaba verla. Una vez había oído que los estudiantes de la UCLA y la USC hablaban de usarla a ella como los directores comerciales hablaban de utilizar a actrices que cobraban un millón de dólares por película, pero Maria nunca había hablado con ninguno de ellos (a veces se acercaban a Carter delante de un cine o una librería y se presentaban, y Carter les presentaba a Maria, y la miraban de reojo mientras hablaban con Carter de asistir a sus proyecciones, pero Maria no tenía nada que decirles, evitaba mirarlos a los ojos) y le desagradaba que la hubieran visto en aquella primera película. Nunca pensaba en ella como *Maria*. Siempre pensaba en ella como en aquella primera película. Carter la llevó a casa de BZ y Helene una noche que BZ estaba pasando la película y Maria tuvo que salir después de los créditos iniciales, tuvo que sentarse fuera en la playa a fumar y reprimir las náuseas durante setenta y dos de los setenta y cuatro minutos.

—Por qué la pasa tan a menudo —le había preguntado después a Carter—. Por qué le permites que tenga una copia, tiene una copia en casa.

—Es suya, Maria. Es propietario de todas las copias.

—No es eso. Me refiero a por qué la pasa tanto.

—Quiere que la vea Helene.

—Helene la ha visto un montón de veces. Ni siquiera le gusta, me lo ha dicho ella.

—No entiendes nada —le había terminado diciendo Carter, y esa noche se habían acostado sin hablarse.

Maria no quería entender por qué BZ pasaba tan a menudo aquella primera película ni qué tenía que ver con Helene. La chica de la pantalla de aquella primera película no tenía don para nada.



### 3

«Maria Wyeth», le repitió a la recepcionista de Freddy Chaikin. La recepción estaba repleta de lustrosas plantas en jarrones chinoscos y Maria tuvo la súbita convicción de que las plantas estaban consumiendo todo el oxígeno que necesitaba para respirar. No debería haberse presentado sin llamar. Solo la gente con problemas visita a su agente sin anunciarse. Si Freddy Chaikin pensaba que Maria le traía problemas la evitaría, porque los problemas eran algo que nadie en la ciudad quería tener cerca. Fracaso, enfermedad, miedo, se consideraban infecciosos, plagas contagiosas de plantas lustrosas. A Maria le pareció que hasta la recepcionista evitaba mirarla a los ojos, temerosa del contagio.

—Me espera, más o menos —añadió casi en un susurro.

—Maria Wyeth —dijo la recepcionista—. El señor Chaikin está en la sala de proyección, ¿desea esperarle? O ya la llamará él.

—No. O sea, sí. Pero dígame que tiene que ser hoy o...

La recepcionista esperó.

—O ya hablaré con él mañana —añadió por fin Maria.

En el ascensor había un actor al que reconoció pero con quien no había tratado, la estrella de un wéstern televisivo que habían cancelado. Iba con un agente bajo de estrecho traje oscuro, y el agente le sonrió cuando las puertas se cerraron.

—Hablan maravillas del copión de Carter —dijo el agente.

Maria sonrió y asintió. No hacía falta responder: era el pie para el actor, que esperó el momento oportuno y lo aprovechó.

—Llevas el bolso abierto —dijo arrastrando las palabras, y la mirada que dedicó a Maria estaba debidamente cargada de apreciación sexual, dirigida no a Maria en sí misma, sino a la mujer de Carter Lang.

Maria se apoyó en la pared acolchada del ascensor y cerró los ojos. Si pudiera contarle lo del actor del ascensor a Les Goodwin le haría reír. Cuando llegó a casa pensó en telefonarle, pero en cambio fue al piso de arriba y se tumbó bocabajo en la cama vacía de Kate, abrazó la manta de Kate, se apretó la almohada de bebé de Kate contra el estómago y reprimió una oleada de miedo. Parecía que había pasado el tiempo de contarle anécdotas divertidas a Les Goodwin.

Se sentó en la chaise longue de ratán al ocaso del cálido octubre y contempló a BZ tirando los cubitos de su bebida a la piscina de uno en uno. Ya habían hablado de la semana de Helene en La Costa y ya habían hablado de una actriz que había ingresado en Neuropsiquiatría de la UCLA con cortes en las muñecas (la prensa apuntaba agotamiento, pero BZ sabía de esas cosas, sabía de la gente, por eso lo había llamado) y había llegado la hora en que en todas las casas de alrededor las mujeres hermosas se ponían perfume y pulseras esmaltadas y daban besos de buenas noches a niños hermosos, la hora de la gracia aparente y la música prometida, e incluso aquí, en el jardín de Maria, el aire olía a jazmín y el agua de la piscina estaba a veintinueve grados. El agua de la piscina siempre estaba a veintinueve grados y siempre estaba limpia. Entraba en el alquiler. Con independencia de si Carter podía permitirse el alquiler, con independencia de si era un mes como este en el que Carter estaba ganando un montón de dinero o era un mes en el que los abogados hablaban de bancarrota, el chico acudía dos veces a la semana a limpiar la piscina y el hombre venía cuatro veces a la semana a cuidar las rosas y el agua de la piscina estaba a veintinueve grados. A veces a Maria se le ocurría que quizá los niños hermosos y las pulseras esmaltadas venían del mismo modo, pero no le gustaba pensar en ello.

—Cuéntame a quién has visto —dijo Maria. No le apetecía mucho oír a quién había visto BZ pero tampoco quería que se marchara. BZ todavía no había mencionado a Carter. BZ era el productor de la película, había vuelto de rodar en exteriores hacía un par de días y regresaría allí al día siguiente y no había mencionado ni una sola vez a Carter—. Háblame del baile de los Willard.

—Luces estroboscópicas en Pasadena. —BZ se levantó—. En noches así te suicidarías por ser un gentil.

—No te vayas.

—Llego tarde. Me esperan.

—Quién es —preguntó ella, sin mirarlo.

—Nadie especial, he quedado con Tommy Loew, conoces a Tommy, ha venido de Nueva York.

—No me refiero a ti. —Se preguntó sin interés si Tommy Loew era marica—. Sabes que no me refería a ti.

—No sé de qué estás hablando. —BZ dejó el vaso en la mesa y se quedó mirando a Maria un buen rato—. Déjalo que termine.

—Quién es. —No sabía por qué insistía.

—Escucha, Maria. No sé si lo sabes, pero Carter te quería de todas todas en esta película. Estuvo a punto de romper el contrato, de arriesgar todo el proyecto solo porque te quería a ti.

—Lo sé.

—Pues entonces deja de pensar que Carter calcula todos sus movimientos

expresamente para frustrarte. ¿Por qué no paras de pensar como Carlotta?

—No tienes ni la menor idea de cómo pienso. —Carlotta era la madre de BZ. Carlotta tenía treinta y cinco millones de dólares y vivía en permanente litigio con su segundo exmarido. Maria se sentó en el borde de la piscina y chapoteó en el agua clara con los pies descalzos—. ¿Oyes la música de los Kulik? Están dando una fiesta.

—¿Vas a ir?

—Claro que no. Él es un gángster.

—Solo he preguntado si vas a ir a la fiesta, Maria, no he pedido una sentencia del gran jurado. —BZ hizo una pausa—. Y en segundo lugar, no es un gángster. Es abogado.

—De gánsteres.

BZ se encogió de hombros.

—Lo tengo más por un rey filósofo. Una vez me dijo que entendía todo el sentido de la vida, le vino como un fogonazo cegador cuando estuvo a punto de morir en la mesa del Cedars.

—Larry Kulik no se morirá en el Cedars. Larry Kulik morirá en una silla de barbero.

—Cuesta mucho conseguir que te rías, Maria. De todos modos, Larry Kulik es un gran admirador tuyo. ¿Sabes qué le dijo a Carter? Le dijo: «Lo que me gusta de tu mujer, Carter, es que no es una hija de puta».

Maria no dijo nada.

—Es muy divertido, Maria, que Kulik le dijera eso a Carter, ¿es que has perdido el sentido del humor?

—Ya lo había oído. Pásame tu vaso.

—Ya te lo he dicho, Tommy Loew. Llego tarde.

—Quién es —repitió ella.

—Carter va retrasado dos semanas, Maria. Déjale terminar la película. —BZ se levantó, y deslizó muy suavemente la punta de los dedos por la espalda desnuda de Maria—. ¿Has visto a Les Goodwin? —preguntó al fin.

Maria contempló una hoja en el agua e intentó no apartarse de los dedos de BZ.

—Les y Felicia están en Nueva York —respondió con cautela, y luego cogió la toalla—. Llegas tarde a tu cita con Tommy Loew, ¿no?

Más tarde esa semana leyó en una columna que BZ había asistido a la fiesta de los Kulik con Tommy Loew y una joven actriz cuyo nombre no reconoció. No sabía por qué, pero le molestó. Se preguntaba si Tommy Loew y la actriz habrían ido después a casa de BZ y quién habría mirado a quién, y si Helene habría regresado de La Costa.

—Solo quiero que sepas que te tengo presente —dijo Freddy Chaikin por teléfono—. Seré franco, me sorprendió enterarme de que querías volver a trabajar. Después de la debacle con Mark Ross, naturalmente pensé...

—Siempre he querido trabajar.

Maria intentó que su voz no sonase alterada. Freddy estaría sentado en su despacho con las sillas Barcelona y la escultura de Giacometti y ella tendría que oír todo lo que quisiera decirle.

—... una actriz abandona el set, la gente tiende a pensar que no quiere trabajar.

—Fue hace casi un año. Estaba enferma. Trastornada por Kate. No he abandonado ningún otro rodaje y lo sabes, Freddy.

—No has tenido ningún otro rodaje que abandonar.

Maria cerró los ojos.

—Qué estás haciendo ahora mismo, Freddy —dijo por fin—. ¿Estás sentado jugueteando con el huevo de Pascua Fabergé? ¿O qué?

—Cálmate. De hecho hoy en el almuerzo le he hablado de ti a Morty Landau. Le he dicho: Morty, conoces a Maria Wyeth, y él...

—Seguro que sí. He protagonizado dos películas.

—Claro, Maria, por supuesto. Tú lo sabes. Yo lo sé. Y eran dos películas pequeñas muy interesantes. Carter ha convertido esas dos películas, una de ellas sin distribución, en algo precioso. Ahora se encuentra en la envidiable situación de querer hacer algo, es solo cuestión de cuadrar las cifras. Me enorgullezco de representarlo. Me enorgullezco de representaros a los dos, Maria. Podría conseguir que Morty Landau viera algo de metraje, dame tu palabra de que quieres trabajar de verdad.

—Algo de metraje.

—¿Qué problema hay, Maria? ¿Es tan extraño querer ver algo de metraje? Muestro grabaciones de talentos que cobran dos, dos cincuenta por película.

—Morty Landau hace televisión.

—Vayamos al grano, Maria, si Carter estuviera contigo te diría lo mismo. Tú quieres trabajar, yo me encargaré de que Morty Landau te vea.

—Carter está conmigo.

Se hizo el silencio, y cuando Freddy Chaikin volvió a hablar adoptó un tono amable.

—Solo quería decir, Maria, que Carter está rodando exteriores. Nada más.

## 6

El décimo día de octubre a las cuatro y cuarto de la tarde con un viento seco y caliente soplando a través de los desfiladeros Maria se encontró en Baker. Nunca había tenido intención de llegar tan lejos, había empezado el día como otro cualquiera, con la autopista como único destino. Pero había salido de la San Bernardino y enfilado por la Barstow y en lugar de volverse en Barstow (había llegado hasta allí otras veces pero nunca tan tarde, era demasiado tarde para dar media vuelta, estaba demasiado lejos demasiado tarde, había perdido el ritmo) había seguido conduciendo. Cuando se desvió en Baker hacía cuarenta y seis grados y la radio sintonizaba Las Vegas y Maria se encontraba a menos de cien kilómetros de donde Carter estaba rodando la película. En ese instante Carter podría estar en el motel. Tal vez hubieran terminado de filmar por ese día y estuviera tomándose una copa con BZ y Helene, planteándose ir a cenar a Las Vegas o simplemente descansar, descansar sin camisa sobre la cama deshecha. La mujer que regentaba el motel solo hacía las camas una vez a la semana, Carter había bromeado al respecto en una entrevista, Maria lo había leído en la prensa especializada. Podía telefonar. «Oye —podía decir Maria—. Estoy en Baker. Resulta que estoy en Baker».

«Resulta que estás en Baker —podía decir él—. Pues vente para acá».

O incluso podía decir: «Oye. Vente corriendo para acá».

Eran las cosas que Carter podía decir pero como Maria no sabía si las diría o si tan siquiera quería escucharlas se quedó sentada en el coche detrás de la gasolinera 76 de Baker y observó la cabina que había junto a la máquina de Coca-Cola. Dijera lo que dijera Carter de entrada terminaría no diciendo nada. Carter diría algo y ella diría algo y antes de darse cuenta estarían recitando un diálogo tan familiar que consumía la imaginación, bloqueaba la voluntad, les permitía omitir palabras y frases enteras y no obstante llegar a la fría conclusión.

—Por Dios —diría él—. Hoy me he sentido bien, estupendamente, para variar, y ahora has venido tú a arreglarlo, a pinchar el globo.

—Cómo lo he arreglado.

—Ya sabes cómo.

—No lo sé.

Maria esperaría la respuesta pero entonces él no diría nada, se limitaría a permanecer sentado con la cabeza en las manos. Ella primero se sentiría culpable, resignada a la infelicidad, luego furiosa, atrapada, pálida de rabia.

—Escúchame bien —diría entonces Maria, casi a gritos, intentando agarrarlo por los hombros y zarandearlo para que dejara lo que no podía ver más que como una pose afectada; él la apartaría de un empujón y la expresión de su cara, contrahecha, enseñando los dientes, la paralizaría.

—Por qué no lo superas —diría entonces Carter, inclinándose más cerca, con el rostro todavía desencajado—. Por qué no vas al baño y te tomas todas las pastillas

que encuentres. Por qué no te mueres.

Después se iría durante un rato, rompiendo las cosas a su paso, abriendo las puertas a patadas, agarrando licoreras para arrojarlas a los espejos, desviándose para destrozar sillas contra el suelo. Cuando volviera siempre se acostaría en la habitación de los dos, cerrando la puerta para dejar a Maria fuera. Rígida de autocompasión, ella dormiría en otro cuarto, deseando tomar la decisión de marcharse. Cada uno pensaba que el otro era un asesino del tiempo, un destructor de vida. Maria no sabía qué estaba haciendo en Baker. Comoquiera que empezara acabaría así.

—Escucha —diría ella.

—No me toques —diría él.

Maria miró la cabina durante un buen rato y luego se bajó del coche y se bebió una Coca-Cola caliente. Con el final de la cola se tragó dos pastillas de Fiorinal, luego cerró los ojos contra el sol y esperó a que el Fiorinal le quitara a Carter y lo que este habría dicho de la cabeza. En el trayecto de vuelta a la ciudad el tráfico era denso y el viento caliente colaba arena por las ventanillas y la radio la puso nerviosa y después de aquello Maria ya solo volvió a la autopista como medio para llegar a alguna parte.

—*C'est moi, Maria* —dijo la voz al teléfono—. BZ.

Maria intentó desenredar el cable del auricular y trató de despertarse. Dormir por la tarde era mala señal. Había procurado pasar por alto las señales pero esa no podía obviarla, y un miedo agudo le contrajo los músculos del estómago.

—Dónde estás —preguntó al fin.

—En la playa.

Maria tanteó el borde de la piscina en busca de las gafas de sol.

—¿Te pilló en plena sobredosis, Maria? ¿O qué?

—Creía que estabas en el desierto.

—Paramos una semana, ¿no lees la prensa? Por culpa del incendio.

—Qué incendio.

—Al tanto de las últimas noticias, como siempre —dijo BZ—. El incendio, se declaró un incendio y tenemos que reconstruir el decorado. Carter llega mañana. Si no estás ocupada, esta noche te llevo a casa de Anita Garson, ¿te parece?

—¿Dónde está Helene?

—Helene está en cama, está deprimida. Helene tiene unas menstruaciones muy copiosas. —Siguió una pausa—. ¿A las siete y media te parece bien?

—Lo de Anita Garson no sé, no...

—Me refiero, por supuesto, a menos que tengas otros planes. —Elevó la voz casi imperceptiblemente—. A menos que tengas un *à deux* en el Marmont. O dondequiera que se hospede.

Maria no dijo nada.

—Esta tarde eres la monda, Maria, me alegro de haber llamado. Solo quería decir que Les Goodwin y tú sois amigos. Sin más. Sin indirectas. No te ofendas. —Hizo una pausa—. ¿Sigues enfurruñada?

—Te veo a las siete y media —dijo por fin Maria.

Luego no conseguiría imaginar cómo la había convencido BZ para ir a la fiesta de Anita Garson, bulliciosa y repleta de gente que no le gustaba demasiado. Había un grupo de *rock* y una carpa rosa y dondequiera que mirase veía a alguien que le parecía extranjero o maricón o gángster. Intentó mantener la mirada brillante y los labios ligeramente separados y permanecer cerca de BZ.

—Cómo está Carter —preguntó alguien a su espalda, y cuando se giró vio que era Larry Kulik.

—Carter está rodando exteriores —respondió ella, pero Larry Kulik no la escuchaba.

Estaba mirando a una chica jovencísima con un vestido blanco anudado a la espalda que bailaba en la terraza.

—Me gustaría meterme ahí dentro —le dijo en tono contemplativo a BZ.

—No me parece un sueño imposible —dijo BZ.

Maria retorció la servilleta alrededor de su vaso. Llevaba demasiado rato sonriendo y no quería seguir mirando la cuidada manicura de Larry Kulik ni su caro traje a medida y no quería ponerse a pensar por qué Larry Kulik hablaba con BZ de la chica del vestido blanco.

—No tantos hombres —estaba diciendo Larry Kulik—. No cualquiera.

—Mierda, no. Tienes que conseguir que le dé al *whisky*.

Larry Kulik seguía observando a la chica.

—Solo seis tíos.

—¿Cómo sabes que son seis?

Larry Kulik se encogió de hombros.

—La he investigado. Seis. —Le dio unas palmaditas distraídas en el brazo a Maria—. ¿Qué tal, nena? ¿Qué tal Carter?

En la mesa de la terraza donde Maria y BZ se sentaron a cenar había un director francés, su director de fotografía y dos lesbianas inglesas que vivían en Santa Monica Canyon. Maria se sentó junto al director de fotografía, que no hablaba inglés, y durante la cena BZ y el cineasta francés desaparecieron dentro de la casa. Maria podía oler la marihuana, pero en la terraza no se mencionó. El director de fotografía y las dos lesbianas debatieron el aspecto deshumanizante de la tecnología estadounidense, en francés.

—Tienes que visitarme alguna vez y aprovechar la sauna —dijo Larry Kulik cuando pasó junto a la mesa para entrar en la casa—. Con estéreo incorporado, *beaucoup* fantástico.

A medianoche uno de los amplificadores se estropeó y la banda recogió los trastos para irse. BZ estaba reuniendo a un grupo para seguir en su casa: el director francés, Larry Kulik, la chica del vestido blanco anudado al cuello.

—Lo más simple del mundo —le dijo a Maria—. La nenita quiere al gabacho.

—Tengo que irme a casa.

—De todos modos esta noche no eres exactamente un chute de nada.

—Me siento *beaucoup* fantástica —dijo Maria, y giró la cara para que no viera sus lágrimas.

Cuando Les Goodwin telefoneó desde Nueva York a las siete de la mañana siguiente Maria rompió otra vez a llorar. Por qué lloraba, quiso saber él. Porque la hacía muy feliz, dijo ella, y por un momento se lo creyó.



## 8

—No me has preguntado cómo fue después de marcharnos de casa de Anita —  
dijo BZ.

—Cómo fue —dijo Maria sin el menor interés.

—Todos obtuvieron lo que habían ido a buscar.

—¿Nunca te cansas de hacer favores a la gente?

Siguió un largo silencio.

—No sabes cuánto —dijo BZ.

Miró a Carter sentado en el salón y lo único que se le ocurrió pensar fue que había engordado. La camisa azul de trabajo que llevaba tensaba los botones. Maria supuso que ya pesaba lo mismo al marcharse, que lo notaba ahora solo porque no se habían visto.

—¿Piensas quedarte? —preguntó Maria.

Él se frotó los nudillos contra la barba del mentón.

—Tengo aquí todas mis cosas, ¿no?

Maria se sentó enfrente de él. Quería un cigarrillo pero en la mesa no había ninguno y le pareció frívolo levantarse a por uno. Que Carter dijera que tenía todas sus cosas en la casa no parecía concluyente, tampoco abordaba la cuestión. A menudo se sentía con Carter como Ingrid Bergman en *Luz de gas*, otro pensamiento frívolo.

—Me refiero a que creía que estábamos más o menos separados. —Lo que tampoco sonó exactamente correcto.

—Si así es como lo quieres.

—No he sido yo. Es decir, ¿he sido yo?

—Nunca, Maria. Tú, nunca.

Se produjo un silencio. Estaba sucediendo algo real: aquello era, por así decirlo, su vida. Si consiguiera no olvidarlo sabría manejar la situación, haría lo correcto, fuera lo que fuera.

—Supongo que podríamos intentarlo —dijo ella, titubeante.

—Solo si tú quieres.

—Por supuesto que quiero. —No supo qué otra cosa decir—. Por supuesto que quiero.

—Por qué no lo parece.

—Carter, sí quiero. —Maria se interrumpió, agotada de pronto—. Quizá no sea tan buena idea.

—Haz lo que quieras —dijo él, y subió al primer piso.

Maria se quedó sentada con los ojos cerrados hasta que la vena de la sien dejó de palpar, luego lo siguió arriba. Carter yacía en la cama de matrimonio, mirando fijamente al techo. Solo mediante una inmovilidad acentuada demostró percatarse de la presencia de ella.

—Iba a salir a ver a Kate —dijo por fin Maria.

—¿Cuántas veces has ido últimamente? —Siguió sin mirarla.

—Apenas he ido —dijo ella, y luego—: En las últimas semanas, tal vez un par de veces.

—Has ido cuatro veces desde el domingo.

Maria se dirigió con decisión al vestidor y empezó a recogerse el pelo.

—Me han telefoneado —dijo Carter desde el dormitorio, hablando como de memoria—. Llamaron para explicarme que las visitas imprevistas de los padres

tienden a perturbar la adaptación del niño.

—La adaptación a qué. —Maria se clavó una horquilla en el pelo.

—Ya lo hemos hablado, Maria. Hemos repetido el mismo numerito cincuenta veces.

Maria apoyó la cabeza en los brazos sobre el tocador. Cuando volvió a mirarse al espejo vio el reflejo de Carter. Había llegado un momento en que la presencia de Ivan Costello la anestesiaba y ahora había llegado ese momento con Carter.

—No llores —dijo Carter—. Sé que te afecta, hacemos cuanto podemos, te he dicho que no llores.

—No estoy llorando —dijo ella, y no lloraba.

—Soy inflexible con las mezclas, lo siento, no voy a utilizarlas —dijo el masajista con vocación de escritor desde la cocina.

Maria estaba tumbada bocabajo en la arena más allá de la terraza e intentó neutralizar la particular inflexión y elevación de la voz del masajista concentrándose en imágenes de Kate (el pelo de Kate, cepillar el pelo de Kate, la última vez que fue al hospital Kate tenía el pelo enmarañado y se habían sentado en el césped a cepillárselo, a desenredar los nudos en delicados mechones dorados, le pidieron que no la visitara tanto pero cómo iba a evitarlo, nunca le cepillaban el pelo a Kate). Siempre había alguien a quien Maria intentaba no oír en casa de Helene y BZ. Ya fueran los jóvenes huraños que BZ conocía en sitios como Acapulco y Kitzbühel y Tánger, ya fueran las amigas de Helene, las mujeres con las que salía de compras o planeaba semanas reconstituyentes en Palm Springs y La Costa, las mujeres con las camisas de seda Pucci y las patas de gallo estiradas periódicamente y los maridos perpetuamente de rodaje. Siempre estaban en la cuarentena, las amigas de Helene, siempre le sacaban unos diez años. «Pijamas celestiales», se decían unas a otras las amigas de Helene, e intercambiaban las direcciones de astrólogos nuevos y las coletillas de chistes viejos. Una de las amigas de Helene estaba en casa cuando llegaron Maria y Carter. «Una cosa sí te voy a decir, es genial “al teléfono”», repitió en diversas ocasiones, y Helene y la amiga se reían. Por lo visto era un chiste pero Maria se había perdido el principio. Normalmente conseguía no oír a las amigas de Helene, con los amigos de BZ costaba más y este caso era particularmente difícil. En parte por la voz y en parte porque Maria lo conocía de antes, estaba segura. Él pareció no reconocerla pero ella estaba convencida de que se habían conocido hacía tres años, en casa de alguien en Santa Bárbara. El tipo había llegado después de un partido de polo con una gente que solo hablaba con el anfitrión y entre ellos, nunca con Carter y Maria —eran un actor cuyas últimas películas habían fracasado, su madre y una nerviosa heredera del acero con quien por lo visto los otros habían pasado una semana en Palm Beach—, y por aquel entonces no era masajista, sino el secretario del actor. Incluso tumbada al sol de mediodía en un día tan abrasador y seco de octubre Maria notaba escalofríos físicos cuando rememoraba aquella tarde en Santa Bárbara. El problema era el aspecto de él. El masajista estaba exactamente igual. Se le veía intacto, y a ella no.

—BZ, esto lo has planeado para mortificarme —estaba diciendo el masajista. Se puso de pie en la terraza, sosteniendo un limón de plástico con el brazo afectadamente estirado—. No es posible que compres zumo de limón artificial, alguien lo ha dejado aquí, es una broma sin gracia.

—Todos los amigos de BZ son unos puristas —murmuró Helene sin abrir los ojos.

—Eres mala —dijo BZ, y se rio. Giró un medallón de plata sobre su pecho para

que destellara al sol. BZ siempre estaba bronceado, untado de aceite, reluciente, no con el moreno asequible de gimnasio que lucía gente como Freddy Chaikin, sino moreno como demostración de una vida entera al sol—. ¿A que Helene es lo peor, Carter? ¿A que mi mujer es una mala pécora? Y tercera pregunta, ¿a quién estoy imitando?

—A ti mismo —sugirió Helene.

—Carter no te hace caso —dijo el masajista—. No seas perezosa, Helene, baja a la playa y pídele a Audrey Wise un par de limones. Puedes incluso pedirles unos Bloodys a Audrey y Jerry. No nos vendría mal echarnos unas risas.

Helene abrió los ojos.

—¿Sabes qué le regaló Jerry a Audrey por su cumpleaños?

—A ver si lo adivino. —BZ se tocó la lengua con un dedo y lo levantó al viento—. Una rosa blanca perfecta.

—Un billete de mil dólares perfecto —dijo Helene—. Listillo.

—Así podrá costearse un buen polvo —dijo BZ.

Helene soltó unas risillas.

—Jerry es muy bueno «al teléfono».

—Los limones —insistió el masajista.

Carter tiró al suelo el guión que estaba leyendo y se levantó.

—Ya voy yo a por los malditos limones —dijo.

Maria permaneció absolutamente inmóvil hasta estar segura de que Carter había cruzado las dunas y entonces se sentó, todo parecía nadar ante su vista. Debajo de la bandera estadounidense descolorida que colgaba sobre la terraza formaban un retablo viviente: BZ y el masajista, de cuerpos relucientes, sin arrugas, como si hubieran firmado un pacto con la mortalidad. Helene de pie al borde de la terraza, mirando a la playa en dirección a casa de Audrey y Jerry Wise. Helene no era tan inmune al tiempo, sus muslos poseían cierta textura, cierta falta de resiliencia donde la tela se le clavaba en la carne. A Maria se le ocurrió pensar que cualquier pacto que se firmara siempre funcionaba peor para las mujeres. A aquella nerviosa heredera del acero con quien Maria había coincidido la última vez junto al masajista, le había pasado algo malo. Su hijo de catorce años le había disparado a la cara. Había salido en la prensa unos años atrás. Después de matar a su madre el chico se había suicidado, y luego su padre lo describiría como una víctima del divorcio y las drogas. Maria se figuró que había cogido una insolación. Cerró los ojos y se concentró en una oración que había aprendido de niña.

—Uno menos para comer —dijo Helene.

—Creo que he entrado con la película empezada —dijo el masajista, malhumorado—. ¿Va a por los limones o no?

—A Carter le ponen nervioso los maricas —dijo Helene en tono agradable.

BZ se rio y le lanzó un beso a Helene con la punta de los dedos.

—En realidad, Nelson —dijo entonces BZ—, ese limón no es artificial. Es limón

reconstituido.

Maria se levantó y agarró la toalla de playa de la terraza y corrió al interior de la casa con la toalla apretada contra la boca y unos minutos después cuando, pálida bajo la piel quemada por el sol y cubierta por un sudor frío, consiguió controlar las náuseas estériles y se quitó el bañador, comprobó que llevaba cincuenta y un días sin sangrar.

—Simplemente no me ha gustado que le preguntaras a Helene cuánto dinero les da la madre de BZ para que sigan casados —dijo Carter de camino de vuelta de la playa. La capota estaba bajada y Carter conducía demasiado rápido porque había quedado con Freddy Chaikin y un escritor de Nueva York a las siete en el Chasen's —. No me ha gustado nada.

—Bueno, pues lo hace.

—Que hace qué.

—Carlotta les da dinero para que sigan casados.

—Y qué.

—Estoy harta de los apaños asquerosos de todo el mundo.

—Tienes un vocabulario fantástico.

Maria lo miró y habló muy rápido y bajo.

—Tengo un vocabulario fantástico y voy a tener un bebé.

Carter aminoró la velocidad.

—Me he saltado la transición —dijo al final Carter.

Maria no lo miró.

—No es mío —dijo él, alzando la voz—. Imagino que vas a decirme que no es mío.

—No lo sé.

Maria no sabía por qué lo había dicho pero tenía que decirlo. Tenía que dejarlo claro. Durante un momento Carter no dijo nada.

—No tienes ni puta idea —dijo después.

Maria apoyó los pies descalzos en el salpicadero y aplastó la cara contra las rodillas. Ahora era un hecho. Carter podía quedarse o podía marcharse, ella había expuesto el hecho.

—Quién ha sido —dijo él.

—Lo sabes.

Carter mantuvo la vista en la carretera y el pie a fondo en el acelerador. Maria quería decirle que lo lamentaba, pero disculparse no parecía del todo adecuado y, en cualquier caso, lo que lamentaba parecía al mismo tiempo demasiado profundo y demasiado evanescente para las palabras que conocía, parecía tan inmensamente más complicado que el hecho en sí que quizá fuera mejor dejarlo sin aclarar. El último sol vidriaba el Pacífico. El viento le quemaba la cara. Una vez que salieron de la autopista costera Carter paró en el arcén y apagó el motor.

—Yo lo sé —dijo—. Pero Felicia no.

Ella no dijo nada. La cosa pintaba mal.

—Por qué estás tan segura —preguntó entonces él.

—No he dicho que lo estuviera. —De pronto el aire paró y la sofocó y Maria se quitó el pañuelo—. He dicho que no lo sé.

—Me refiero a por qué estás tan segura de que va a pasar.

—Porque he ido al médico. —Hablaba muy rápido y con la cabeza en otra cosa. Le parecía que una vez habían cenado en casa de alguien que vivía por allí, cerca de San Vicente, no conseguía recordar en casa de quién había sido pero habían servido comida japonesa y las mujeres lucían grandes pendientes hechos a mano y había sido en verano—. Porque he ido al médico y el análisis que me ha hecho en la consulta ha dado positivo pero no es concluyente y por eso tengo que llevar orina para el test del conejo. Y me ha puesto una inyección. Y si no estuviera embarazada la inyección me habría provocado el sangrado entre tres y cinco días después. —Hizo una pausa. Se le ocurrió que en el escenario de su vida esta sería lo que se conoce como una escena obligatoria, y se preguntó con vago interés cuánto debería prolongarse la escena—. Y han pasado seis días desde que me pinchó.

—¿Y el test?

—¿Qué test?

—El test que me acabas de explicar. El segundo test.

—El test del conejo. —De pronto estaba casi demasiado agotada para hablar—. No he pedido hora.

—Te ha dado miedo llamar. —Carter hablaba en un tono monocorde y precavido, como un fiscal con un caso clarísimo—. Has pensado que si no volvías al médico igual todo quedaba en nada.

Maria cerró los ojos.

—Supongo. Supongo que tienes razón.

—Pero ahora de todos modos se ha confirmado. De lo contrario la inyección habría hecho que sangraras.

Ella asintió en silencio.

—Qué doctor. Quién era.

—Solo un médico. De Wilshire.

—Un médico que no conoces. Te pareció una precaución inteligente.

Ella no dijo nada.

—Me interesa la mecánica del asunto, Maria. Me interesa cómo funciona tu mente. Cómo elegiste exactamente al médico, por qué ese médico en particular.

Maria dobló el pañuelo y lo alisó cuidadosamente sobre las rodillas desnudas.

—Estaba cerca de Saks —susurró al final—. Tenía cita en la peluquería en Saks.



Esa noche más tarde sentada sola a oscuras junto a la piscina recordó de quién era la casa de cerca de San Vicente con la comida japonesa, era la casa de una pareja llamada Sidney y Ruth Loomis. Sidney Loomis era guionista de televisión y Ruth Loomis estaba muy metida en el movimiento pro derechos civiles y la terapia de grupo. A Maria nunca se le había ocurrido nada que decirle a Ruth Loomis, pero en retrospectiva no había sido por eso por lo que Carter había dejado de ver a Sidney y Ruth Loomis. Había dejado de verlos porque el programa que escribía Sidney Loomis se había cancelado a media temporada y no le habían dado otro. Maria se esforzaba mucho para seguir viendo a Carter desde esa perspectiva, como alguien que abandona amigos y nombres y obligaciones, porque si pensase en él como estaba siendo esta noche rompería a llorar de nuevo. Carter se había ido de casa. No se había visto con Freddy Chaikin en el Chasen's ni había telefoneado para avisar de que no iría. Lo sabía porque Freddy Chaikin había llamado preguntando por él. Por fin Maria había hecho algo que le afectaba a él, pero era demasiado tarde. «Qué se supone que debo hacer —había dicho Carter antes de irse de casa—. ¿Qué cojones se supone que debo hacer?». ».

Cuando Carter llamó a la mañana siguiente fue desde el motel del desierto. Su voz sonaba mesurada, plana, como si se hubiera pasado la noche ensayando las palabras. «Te quiero», susurró ella, pero más como una súplica que como una declaración y en cualquier caso él no respondió. «Coge un lápiz», ordenó Carter. Iba a darle un número de teléfono. Iba a darle el número de teléfono del único hombre en el condado de Los Ángeles que hacía un trabajo limpio.

—Luego ya veremos.

—No estoy segura de querer hacerlo —dijo ella con cautela.

—Muy bien, pues no lo hagas. Sigue adelante y ten el niño. —Hizo una pausa, confiado en la mano que llevaba. Maria esperó a que la jugara—. Y me quedaré con Kate.

Después de que Carter colgara Maria se quedó sentada muy quieta. Tenía la remota sensación de que todo estaba pasando exactamente como se suponía que debía suceder. Para cuando le devolvió la llamada estaba calmada, neutra, era una intermediaria que telefoneaba para clarificar los términos.

—Escucha —dijo Maria—. Si lo hago, ¿me prometes que puedo quedarme con Kate? ¿Me prometes que luego no me pondrás problemas?

—No te prometo nada. Te he dicho que ya veremos.

A las cuatro de la tarde, tras pasarse el día mirando el teléfono y encendiendo cigarrillos y apagando cigarrillos y sirviéndose vasos de agua y volviendo a mirar el teléfono, Maria marcó el número. Respondió un hombre, que dijo que le devolvería la llamada. Cuando lo hizo le preguntó quién la recomendaba.

—Quiere cita con el médico —dijo el hombre.

—Cuándo podría verme.

—El médico querrá saber de cuántas semanas.

—De cuántas semanas ¿qué?

Se produjo un silencio.

—Cuán avanzado está el problema, Maria —dijo por fin la voz.

—La comida era infumable, la ropa se me pudrió en el armario, te regalo Cozumel —dijo la madre de BZ. Estaba jugando al solitario y Maria, sentada, estaba paralizada por la luz que desprendían las pulseras de diamantes de sus muñecas finas y bronceadas—. Y Machu Picchu —añadió, arrojando otro naipe.

—No consigo imaginar una sola razón para que te detuvieras en Cozumel —dijo Helene—. Me refiero a que no soportas a los mexicanos.

—BZ me dijo que era maravillosa, por eso.

—A BZ le gustan los mexicanos.

—Sé por qué le gustan los mexicanos a BZ. —Carlotta Mendenhall Fisher barajó una sola vez las cartas y señaló a Maria—. ¿Le has pedido la cena a esta niña? —preguntó—. ¿O no?

—Son solo las siete, Carlotta. Pensaba que tomaríamos otra copa.

—Yo sirvo siempre la cena a las siete.

—La última vez que estuve en Pebble Beach —repuso Helene—, se sirvió a las once menos cuarto.

Helene y su suegra se miraron un instante y luego Carlotta se echó a reír.

—Es como si hubiera parido a esta chica —le dijo por fin a Maria, cogiendo aire entre risas—. La hija que no he tenido.

—Hablando de la que sí tienes —dijo Helene—, ¿sabe Nikki que has vuelto al país?

—Nikki. Nikki es como esta, la aburro. —Miró a Maria—. A que te aburro. Admítelo.

Maria levantó la vista titubeante. La voz del teléfono había sabido lo que quería sin que ninguno de los dos lo expusiera. La voz del teléfono había dicho que le saldría caro. La voz del teléfono había dicho que el día acordado tenía que llevar una compresa y un cinturón y mil dólares en efectivo. Confundida, Maria apartó la vista de los brillantes ojos azules de Carlotta, que destellaban como las pulseras.

—¿No es una especie de...? —Maria dejó sin acabar la frase.

—No es ¿qué?

—Me refiero a Cozumel —dijo por fin—. ¿No es temporada baja?

—Pues claro que es temporada baja —respondió Carlotta, triunfante.

La voz la había llamado Maria.

La voz había dicho que se pondría en contacto.

—Carlotta es un demonio del ahorro —dijo Helene.

—Y ahora dime si te aburro —dijo Carlotta.

A la mañana siguiente en el calor seco y calmo Maria se despertó llorando por su madre. No lloraba por su madre desde la mala racha en Nueva York, la temporada en que no había hecho nada más que andar y llorar y adelgazar tanto que la agencia se negó a contratarla. Aquel año no había sido capaz de comer porque cada vez que miraba la comida esta parecía recolocarse en ominosas espirales. Sabía que no había ninguna serpiente de cascabel en el plato pero una vez que la imagen se adueñaba de ella no había forma de comer. Aquel año la consumieron las preguntas. A qué hora había ocurrido exactamente, qué había estado haciendo exactamente en Nueva York en el instante mismo en que su madre había perdido el control del coche a las afueras de Tonopah. Qué llevaba puesto su madre, qué pensaba. En todo caso, qué estaba haciendo en Tonopah. Imaginaba que su madre tenía una cita médica en Tonopah y que el médico le diagnosticaba cáncer, y su madre estampaba el coche a propósito. Se imaginaba a su madre tratando de llamarla desde un teléfono público en Tonopah, de pie en una cabina con todas las monedas de veinticinco, diez y cinco centavos desparramadas por la balda y hablando con la operadora para que la pusiera con Nueva York y después la respuesta del servicio de contestador automático. Maria no sabía si algo de eso había sucedido de verdad pero solía pensarlo, solía pensarlo sobre todo alrededor de la hora en que el sol se ponía en Nueva York, pensaba en su madre agonizando bajo la luz del desierto, en la hija inalcanzable en la oscuridad del este. Se imaginaba las monedas de veinticinco, diez y cinco centavos desparramadas por la balda y la luz en los álamos y se preguntaba qué estaba haciendo a oscuras. Qué hora es ahí, habría preguntado su madre de haber hablado con Maria. Qué tiempo hace. Puede que su madre nunca hubiera dicho lo que tenía en mente pero habría dejado un mensaje cifrado, se habría despedido. En una ocasión Maria había ahorrado suficiente para regalarle a su madre un viaje alrededor del mundo, pero en vez de eso le había prestado el dinero a Ivan Costello, y luego su madre había muerto.

—No estoy llorando —dijo Maria cuando Carter llamó desde el desierto a las ocho de la mañana—. Estoy perfectamente.

—No pareces a estar perfectamente.

—He tenido una pesadilla.

Se hizo un silencio.

—¿Has llamado al médico?

—Sí. He llamado al médico. —Habló muy rápido y en tono indiferente—. Todo arreglado. Nos hemos ocupado de todo.

—¿Qué ha...?

—Tengo que irme. Tengo que colgar. Tengo una cita de trabajo.

—Espera un minuto, Maria, quiero saber lo que ha dicho el médico.

Maria estaba mirándose en un espejo de mano, buscando parecidos con su madre. En algún momento de la noche se había trasladado a un reino de miserias exclusivas

de las mujeres y no tenía nada que decirle a Carter.

—Te he preguntado qué te han dicho, Maria.

—Me han dicho que me llamarán un día de estos y el día que me llamen tengo que reunirme con ellos con una compresa y un cinturón y mil dólares en efectivo. ¿Está bien, Carter? ¿Vale?

Aunque todavía no había aflojado el calor esa semana comenzó a dormir dentro, entre sábanas blancas, confiando vagamente en que las sábanas blancas lanzarían algún hechizo, que se despertaría por la mañana y las encontraría manchadas de sangre. Lo hizo con el mismo ánimo que, el mes anterior, había tirado a la basura una caja de Tampax llena: no tener tampones significaba garantizar el sangrado, dormir desnuda entre sábanas blancas significaba asegurarse el manchado. Para darle mayores oportunidades al hechizo cambiaba las sábanas inmaculadas cada mañana. Acudió a una fiesta con un pijama de crepé blanco y sin ropa interior. Se decía a sí misma que iba a tener el bebé, mejor invitar al desengaño, tentar al aborto natural. «Voy a tener un bebé», se oyó decirle al aparcacoches de Saks mientras trataban inútilmente de embutir un moisés de mimbre en el Corvette. Cuando quedó claro que tendrían que mandarle el moisés a casa, se sentó al volante del Corvette y lloró. Estaba llorando demasiado. Ahora lloraba todo el tiempo, cuando estaba conduciendo y cuando estaba intentando limpiar un baño y cuando se engañaba diciéndose que podía tener el bebé, se preguntaba dónde y cuándo iba a pasar.

—¿Alguna llamada? —preguntó al servicio de contestador.

—El señor Goodwin, Nueva York, tres llamadas, quiere que llame inmediatamente.

Volvió a mirarse en el espejo de mano y volvió a ver a su madre.

—Dígale que no he escuchado los mensajes.

No tenía nada que decirle a ninguno de ellos.

—El lunes —dijo la voz al teléfono—. El lunes a las cinco. Volveremos a llamar el lunes.

—¿Dónde? —dijo ella—. ¿Adónde voy?

—He dicho que volveremos a llamar, Maria. Llamaremos.

Condujo hasta la playa, pero había una capa oleosa en la arena y una marea roja en el flácido oleaje y montículos de algas al borde del agua. Las algas bullían de moscas. El agua lamía sin fuerza, tibia. Cuando regresó a la ciudad condujo sin rumbo por Sunset, paró en un autorrestaurante en la esquina de La Brea y, espoleada fugazmente por una Coca-Cola, caminó descalza por el asfalto recalentado hasta una cabina.

—Soy Maria —dijo con impotencia cuando Felicia Goodwin contestó al teléfono en Nueva York. No sabía por qué pero no había contado con hablar con Felicia—. Me preguntaba cuándo volvéis.

—Hace días que intentamos hablar contigo. —Felicia siempre hablaba por teléfono como si una urgencia falsa pudiera enmascarar su radical falta de interés en conversar con cualquiera. A veces a Maria la deprimía lo mucho que tenía en común con Felicia—. Les estaba preocupado por si te había pasado algo, le he dicho que no, que estabas en el desierto con Carter... ¿No has comprobado el servicio de contestador?

—No exactamente.

—De todos modos saldremos dentro de unos días, esta vez para quedarnos, vamos a comprar una casa... —La voz de Felicia se apagó, como si hubiera forzado al límite su capacidad de comunicación.

—¿Les ha terminado el guión?

—Ahora te lo paso —dijo Felicia con alivio.

—Da igual —dijo Maria, pero era demasiado tarde.

—Dónde te habías metido —dijo él.

—En ninguna parte. —Cuando oyó la voz de Les la recorrió una oleada de bienestar—. No quería telefonar porque...

—No te oigo, Maria, ¿dónde estás?

—En una cabina. Solo quería...

—¿Estás bien?

—No. O sea, sí. —Un autobús cambió de marcha en Sunset y Maria subió la voz—. Oye. Llámame.

Regresó al coche y se quedó un buen rato sentada en el aparcamiento, con el motor en marcha y contemplando a una mujer de vestido hawaiano salir del motel Carolina Pines y cruzar la calle en dirección al supermercado. La mujer caminaba con pasitos afectados y no paraba de levantar la mano para protegerse los ojos de la vaga



luz del sol. Maria la observaba como en trance, le parecía estar viendo el centro inmóvil del mundo, la intersección por antonomasia de nada. No sabía por qué le había pedido a Les Goodwin que la llamara.

—Lo ha pedido en efectivo —dijo con recelo el cajero.

—Salgo de viaje. —No sabía por qué lo decía pero persistió—. A Ciudad de México, a Guadalajara.

—¿No prefiere cheques de viaje?

—Efectivo —insistió, y cuando el cajero le entregó los billetes salió corriendo del banco con el dinero todavía en la mano.

En el coche contó los rígidos billetes. Estaban pegados y se saltó uno y los contó cuatro veces más antes de convencerse de que estaban todos. Llevaba desde primera hora de la mañana tratando de recordar algo que le había dicho Les Goodwin, cualquier cosa que le hubiera dicho Les Goodwin. Ahora cuando no estaba hablando con él le costaba distinguirlo de los demás, de cualquiera con quien se hubiera acostado o hubiera estado a punto de acostarse o se hubiera negado a acostarse o hubiera querido acostarse. Este último mes le había parecido que todos eran uno, que su vida había sido un único encuentro sexual, un polvo soñado, sin principio ni final, sin sentido más allá. Intentó recordar cómo había sido arrastrarse por la calle Fremont de Las Vegas con Earl Lee Atkins cuando tenía dieciséis años, cómo había sido salir al desierto entre Las Vegas y Boulder y beber cerveza de latas de medio litro y notar la quemadura del sol cuando él la tocó y oler el cloro de su propio pelo y el jabón Lava en el de él y el fuerte y dulce aroma del algodón almidonado empapado de sudor. En la radio sonaba «How High the Moon», Les Paul y Mary Ford. Intentó recordar a Ivan Costello, intentó grabar en su mente la manera exacta en que la luz entraba por las persianas de su dormitorio de Nueva York, los colores exactos de las sábanas rayadas con que ella le había hecho la cama y cómo se veían aquellas sábanas por la mañana y el aspecto de una habitación de motel en la que una vez pasaron una semana en Maryland. Intentó recordar a Carter. Intentó recordar a Les Goodwin. Podía recordarlo todo pero nada de ello parecía conducir a nada. Tenía la impresión de que el sueño había terminado y se había quedado dormida.

—No pasa nada —le repitió por teléfono a Les Goodwin.

—Sé que algo va mal.

—Nada va mal.

—Vale —dijo él por fin—. Está bien. Vuelvo el lunes, solo, recógeme en el aeropuerto a las cuatro.

—No puedo.

—Quiero hablar contigo, Maria. Quiero verte.

—El lunes por la noche —dijo ella—. Escucha. Me haces feliz.

Entonces colgó enseguida porque no quería terminar contándole por qué no podía ir a recogerlo al aeropuerto.

## 21

En el sueño del que despertó esa noche al sonar de nuevo el teléfono tenía al bebé, y el bebé y Kate y ella vivían en la calle Doce Oeste con Ivan Costello. En el sueño aún no conocía a Carter, pero de algún modo tenía la hija de Carter y la bendición de Carter. En el sueño todo estaba bien. Supuso que había soñado con Ivan Costello porque estaba sonando el teléfono, y él solía llamarla en plena noche. «Cuánto lo deseas —solía decirle él—. Cuéntame qué harías para conseguir que te lo dé». El teléfono seguía sonando y Maria arrancó el cable de la roseta. No lograba recordar qué habría hecho para conseguirlo de ninguno de ellos.

—Debería telefonar siempre antes de venir —dijo el domingo la enfermera encargada del pabellón de Kate. La enfermera tenía el pelo corto y un tenue bigote y Kate se aferraba a sus rodillas y a Maria no le caía bien—. La medicación nueva, el tratamiento nuevo, naturalmente no está...

—Qué medicación nueva —se oyó decir Maria—. No paran de hablarme de la medicación nueva, a ver, qué es.

Kate chilló. La enfermera lanzó una mirada de reproche a Maria.

—Clorhidrato de metilfenidato.

Maria cerró los ojos.

—Muy bien. Tiene razón.

—Sin duda le habríamos aconsejado que esperase a la semana que viene.

—La semana que viene no voy a estar.

—¿Se va?

—A Cozumel —dijo Maria—. México.

De camino al aparcamiento se inventó por dos veces pretextos para volver corriendo: besar las manitas gordezuelas de Kate, pedirle que se portara bien. La tercera vez que volvió corriendo fue para hablar con la enfermera.

—Una cosa. ¿Sabe cuando se despierta por la noche y dice «oise, oise»? Quiere decir... —Maria titubeó. Comprendió que esperaba morir. Todo ese tiempo había pensado que se moriría, tan seguro como esperaba que los aviones se estrellasen si se subía a bordo con ánimo sombrío, tan incuestionablemente como creía que un matrimonio sin amor terminaba en cáncer de cuello de útero y un adulterio equívoco en accidentes infantiles mortales. Maria no creía particularmente en las recompensas, solo en los castigos, repentinos y personales—. Significa que ha tenido una pesadilla —dijo al fin.

La enfermera la miró sin inmutarse.

—En fin, no sabía si ya se lo había explicado.

—Seguro que sí —dijo la enfermera.

Esa noche la casa crujió con electricidad maligna. Un viento caliente se levantó a medianoche y las hojas arañaban las mosquiteras, un canalón suelto golpeaba el tejado. En el curso de la noche Maria escribió tres cartas que, antes del amanecer, rompió y tiró por el váter. Los trocitos de papel seguían aflorando de vuelta a la taza y cuando por fin consiguió deshacerse de ellos ya había amanecido, y el viento había quebrado todas las margaritas del jardín y el cemento de alrededor de la piscina estaba cubierto de hojas de palmera caídas. A las seis y media de esa mañana llamó a Carter al motel del desierto pero Carter ya había salido a rodar. Ella lo interpretó como una señal y no intentó llamar al lugar de rodaje. Haría lo que él quería. Haría esta única y última cosa y luego nunca serían capaces de tocarla otra vez.

Intentó enderezar un cajón y lo abandonó. Oyó noticias de incendios en la radio y activó los aspersores de la hiedra. Durante casi dos horas estudió un número viejo de *Vogue* que cogió de la caseta de la piscina, fijando particularmente la atención en los detalles de la vida que llevaba en Nueva York y Roma la esposa de un industrial italiano. La italiana parecía encontrarle un gran sentido a la vida, parecía tomar decisiones y mantenerlas, y Maria escudriñó las fotografías como si pudiera descubrir en ellas una clave. Cuando hubo agotado el ejemplar de *Vogue* sacó el talonario y un montón de facturas y los desparramó sobre la mesa de la cocina. Pagar facturas a veces le proporcionaba una ilusión de orden pero ahora cada factura que abría parecía un nuevo testimonio del desorden de su vida, su derroche y dispersión: flores enviadas a gente a quien había olvidado agradecerles una fiesta, sábanas compradas para camas donde ahora no dormía nadie y una vieja factura de F. A. O. Schwarz por un triciclo en el que Kate nunca había montado. Cuando extendió el cheque para Schwarz le temblaba tanto el pulso que tuvo que anularlo y fumarse un pitillo antes de poder escribir otro.

—¿Te ha quedado claro, Maria? —dijo la voz del teléfono—. ¿Tienes un lápiz a mano? ¿Lo estás anotando?

—Sí —dijo Maria.

—Autopista de Ventura en dirección norte, ¿entendido? ¿Sabes la salida?

—La he apuntado.

—Pues ya está todo. Te recogeré en el aparcamiento del Thriftmart.

—Qué Thriftmart —susurró Maria.

—Maria, ya te lo he dicho, no tiene pérdida. Debajo de una gran T roja.

Después de que el viento amainara el aire estaba seco, ardiente, tan limpio que Maria alcanzaba a ver los surcos arados de los cortafuegos en las lejanas montañas. No se movían ni las palmeras más altas. La quietud y la claridad del aire parecían robarle a todo la perspectiva, parecían alterar toda percepción de profundidad, y Maria condujo con la misma precaución que si estuviera reconociendo una atmósfera sin gravedad. Un Taco Bell la asaltó por sorpresa. Los balancines petroleros chirriaban inquietantemente. Durante kilómetros antes de llegar al Thriftmart divisó la gran T roja, una letra recortada de doce metros que se veía extrañamente iluminada contra la dura luz sin nubes del cielo de la tarde.

—Conduce tú —había dicho el hombre—. Después recogeremos mi coche.

El hombre vestía pantalones blancos de loneta y camisa *sport* blanca y tenía cara de pan y cuerpo blando de eunuco. La mano apoyada en la rodilla era pálida y pecosa y fofa y desde el momento en que se había subido al coche el hombre tarareaba «I Get a Kick Out of You».

—¿Conoces la zona, Maria?

La pregunta parecía cargada de oscuras intenciones.

—No —respondió por fin Maria.

—Hay casas bonitas. Es un buen lugar para los niños. —La voz era anodina, obsequiosa, la voz del teléfono—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

Maria asintió, y agarró con más fuerza el volante.

—El consumo de este coche no está mal, ¿no?

—Está bastante bien —se oyó decir después de una ligerísima pausa—. No está mal.

—No sé si te habrás fijado, conduzco un Cadillac. Eldorado. Chupa mucha gasolina, pero me gusta, me gusta la sensación que transmite.

Maria no dijo nada. Así pues, esa había sido la pregunta. Maria no lo había entendido mal.

—Si decidiera deshacerme del Cadillac —continuó el hombre—, puede que me pillara un Camaro pequeño. Tal vez parezca un retroceso, pasar del Cadillac al Camaro, pero le he echado el ojo a un Camaro en particular, el modelo exacto del coche de seguridad de las 500 Millas de Indianápolis.

—Entonces crees que te comprarás un Camaro —dijo Maria con el tono neutro de un psicólogo.

—Si consigo un buen precio, es posible. Tengo un amigo, podría conseguirme un caramelo si la cosa se alarga un poco. La semana pasada tenían un comprador, pero por suerte para mí... Aquí, Maria, aquí mismo, para en esa entrada.

Maria apagó el motor y miró al hombre de los pantalones de loneta blanca con un interés intenso y agradecido. En los últimos minutos el hombre había alterado significativamente su percepción de la realidad: ahora entendía que no era una mujer camino de abortar. Era una mujer aparcando un Corvette frente a una casa adosada mientras el hombre de los pantalones blancos hablaba de comprar un Camaro. Nada más.

—Por suerte para ti ¿qué?

—Por suerte para mí no le concedieron el crédito.

El suelo del dormitorio donde ocurrió estaba forrado de periódicos. Recordó haber leído en alguna parte que el papel de diario era antiséptico, por algo de los componentes químicos de la tinta; para parir en una granja cubrías el suelo de periódicos. Con los periódicos podía hacerse otra cosa, algo insólito, un apaño de emergencia: podían fabricarse edredones con periódicos. En caso de desastre podías hilvanar periódicos a ambas caras de una manta de algodón y confeccionar un cálido edredón. Maria sabía mucho de desastres. Sabía apañárselas. Carter jamás habría sabido, pero ella sí. No conseguía recordar dónde había aprendido todos esos trucos. Probablemente en el *Manual de la Cruz Roja estadounidense* de su madre, gris con una cruz roja en la portada. Eso, una buena cosa en que pensar, en todo caso nada malo siempre que consiguiera mantener a su padre al margen. Si lograba concentrarse aunque solo fuera un minuto en una imagen de ella con diez años sentada en los escalones delanteros de la casa de Silver Wells leyendo el libro gris con la cruz roja en la portada (entablillados, conmociones, picaduras de serpiente cascabel, la picadura de serpiente de cascabel había sido la razón de que su madre le hiciera leer el manual) con el calor reverberando en el tejado de chapa ondulada del cobertizo del otro lado de la calle (su padre no aparecía en esta imagen, mejor dejarlo al margen, pongamos que se había ido a Las Vegas con Benny Austin), si pudiera concentrarse otro minuto más en aquel cobertizo, en si en este minuto de veinte años después el calor seguía reverberando en su tejado, serían dos minutos durante los cuales no participaría enteramente de lo que estaba sucediendo en este dormitorio de Encino.

Dos minutos en Silver Wells, dos minutos aquí, dos minutos allí, en algún momento acabaría todo en el dormitorio de Encino, no podía durar para siempre. Las paredes del dormitorio eran de color crema, amarillas, con un papel de estampado discreto. A quienquiera que hubiera elegido ese papel pintado le gustaban los muebles de madera de arce, un dormitorio de madera de arce, una colcha de felpilla blanca y un teléfono góndola blanco, todo lo cual había desaparecido, pero Maria veía cómo debía de haber sido, veía incluso a la mujer que había elegido el papel pintado, sería compradora de estampas de Audubon y duchas vaginales aromáticas, depositaria de secretos resentimientos sexuales, esposa. Dos minutos en Silver Wells, dos minutos en el papel pintado, no podía durar para siempre. La mesa del médico era de profesional pero sin estribos: en su defecto había dos sillas de respaldo duro acolchado con dos almohadas atadas.

—Dime si hace demasiado frío —pidió el médico. El doctor era alto y ojeroso y llevaba un delantal de goma—. Dímelo ahora porque en cuanto empiece no podré tocar el aire acondicionado.

Ella dijo que no hacía demasiado frío.

—No, hace frío. No pesas suficiente, hace demasiado frío.

El médico ajustó el mando pero el ruido no cambió. Ella cerró los ojos e intentó



concentrarse en el ruido. A Carter no le gustaban los aires acondicionados pero había habido uno en alguna parte. Maria había dormido en una habitación con aire acondicionado, la cuestión era dónde, aunque daba lo mismo, esa cuestión no conducía a nada.

—Es solo una menstruación inducida —oyó decir al médico—. Nada que plantee dificultades emocionales, mejor no pensar en ello, a menudo el dolor empeora cuando se piensa, no me gusta la anestesia, la anestesia puede ocasionar problemas, basta un poco de anestesia local en el cuello del útero, así, relájate, Maria, que te relajés.

Un momento ni más ni menos importante que cualquier otro, todos iguales: el dolor mientras el médico raspaba no significaba nada más allá, ni constituía el patrón de su vida más que la película que estaban pasando por televisión en el salón de esa casa de Encino. El hombre de los pantalones de loneta blanca estaba sentado fuera viendo la película y ella estaba tumbada dentro sin ver la película, y ya está. Por qué el volumen del televisor estaba tan alto planteaba otra cuestión que era mejor no formular.

—¿Oyes el raspado, Maria? —dijo el médico—. Debería sonarte a música... no grites, Maria, hay gente en la otra habitación, ya casi está, casi ha terminado, mejor sacarlo todo ahora que tener que volver dentro de un mes... Te he dicho que no hagas ruido, Maria, ahora te explicaré lo que pasará, sangrarás más o menos un día, no mucho, solo manchas, y luego, dentro de un mes, dentro de seis semanas tendrás un período normal, este mes no, este mes acabas de tenerlo, está en ese balde.

Entonces fue al cuarto de baño (más tarde Maria intentaría grabar en su mente las circunstancias exactas de la salida del médico del dormitorio, intentaría recordar si el doctor se había llevado el balde consigo, más tarde lo consideraría importante) y cuando regresó las contracciones habían cesado. Le dio un sobre con cápsulas de tetraciclina y otro con pastillas de cornezuelo y a las seis de aquella calurosa tarde de octubre Maria estaba fuera del dormitorio de Encino y de vuelta en el coche con el hombre de los pantalones de loneta blanca. Sintió el último sol cálido y benévolo en la piel y todo cuanto miraba le parecía bonito, la manifestación del pulso estival de la vida. Mientras salía marcha atrás del camino de entrada sonreía radiantemente a su compañero.

—Te has perdido una buena película —dijo él—. Paula Raymond. —Se llevó la mano al bolsillo en busca de algo parecido a una boquilla—. Desde que dejé de fumar siempre llevo un montón de cosas de estas, parecen boquillas normales pero solo fumas aire.

Maria se quedó mirando la mano extendida.

—Coge una. Me he fijado en que todavía fumas. Algún día me lo agradecerás.

—Gracias.

—Suelo hacer de misionero. —El hombre de los pantalones de loneta blanca reacomodó su blanda masa y miró por la ventanilla del coche—. Dios, qué guapa era Paula Raymond —dijo después—. Es curioso que no llegara a convertirse en una

estrella.

—Quiero un chuletón —le dijo a Les Goodwin en un restaurante de Melrose a las ocho de esa noche—. Y antes del chuletón quiero tres copas. Y después del chuletón quiero ir a algún sitio con la música muy alta.

—Adónde.

—No sé dónde. Tú deberías saber dónde. Conoces montones de sitios con la música alta.

—A ti qué te pasa.

—Solo estoy muy muy muy harta de escucharos a todos.

Silver Wells volvía a estar con ella. Maria quería ver a su madre. Quería regresar al último día que pasó con su madre: un domingo. Maria había volado desde Nueva York el viernes y luego llegó el domingo y Benny Austin había acudido a la cena dominical y después de cenar la acompañarían todos en coche a coger el avión en Las Vegas.

—Tu madre está bien, no te preocupes por ella —musitó Benny cuando se quedó un momento a solas con Maria en la mesa—. Créeme, no es nada.

—¿El qué no es nada? ¿Qué le pasa?

—Nada, por amor de Dios, Maria, es lo que intento explicarte. Podría decirse que está un poquito deprimida; naturalmente, a tu padre no le gusta hablar del tema.

—Deprimida —repitió Maria.

—Nada, Maria, créeme. Ya vienen, estamos hablando del auge del cinc. —Benny carraspeó—. Le estaba contando a Maria lo del auge del cinc, Harry.

—¿Estás metido en el negocio del cinc? —dijo por fin Maria.

Estaba mirando a su madre pero su madre tenía el mismo aspecto de siempre.

—Hemos comprado algunos derechos. —Harry Wyeth empezó a silbar entre dientes.

—Una comida digna de una reina —dijo Benny—. Francine, podrías ganar una fortuna en el negocio de las costillas para llevar.

Francine Wyeth se rio.

—Maria y yo siempre podríamos abrir una fonda. Cuando nos hartemos de todos vosotros.

—La fonda de la 95 —dijo Harry Wyeth—. Me gusta.

—En la 95 no —dijo Francine Wyeth—. En otra parte.

Maria cerró los ojos.

—Hablo de una operación por todo lo alto. Franquicias, alquilas el nombre y la receta. —Benny Austin habló como si en la mesa no hubiera pasado nada—. Servicios franquiciados, son el futuro.

—No quiero volver —dijo Maria.

—Es natural. —Harry Wyeth no miró a su mujer ni a su hija—. Es de lo más normal. Ni lo pienses, estarás de vuelta en un par de meses, ve planeándolo.

—Está demasiado flaca —dijo Francine Wyeth—. Mírala, fíjate.

—Si no juega no puede ganar, Francine. —Harry Wyeth arrojó la servilleta y se levantó—. No espero que lo entiendas.

Esa noche mientras el avión recorría la pista en McCarran Maria había mantenido la cara pegada a la ventanilla todo el tiempo posible para verlos, a su madre y a su padre y a Benny Austin, agitando las manos a la ventanilla equivocada.

—Helene se sube a Pebble Beach a pasar el fin de semana con la madre de BZ — dijo Carter cuando llamó desde el desierto—. ¿Por qué no coges un avión y vas a verla?

—No puedo.

—Estás demasiado ocupada, supongo.

Maria no dijo nada.

—O quizá te da miedo pasarlo bien.

—Te digo que no puedo.

—Por qué no puedes, solo para que conste.

—No es mi madre —dijo Maria.

El sangrado comenzó a las pocas semanas.

—No es nada —le dijo el doctor de Wilshire cuando por fin fue a que la vieran—. Se lo han hecho bien. Limpio, sin infecciones, considérese afortunada.

—El dolor.

—Sencillamente se le ha adelantado la menstruación, le daré Edrisal.

El Edrisal no funcionó ni tampoco el Darvon que encontró en el baño y esa noche durmió con una botella de ginebra junto a la cama. No creía que estuviera menstruando. Quería hablar con su madre.

—Tengo novedades —dijo Freddy Chaikin después de que el camarero trajera el Bloody Mary para ella y el agua Perrier para él—. No he querido comunicártelas hasta confirmarlas. Morty Landau, tal como predije, se ha enamorado de ti. Tienes una aparición como estrella invitada en un capítulo doble de *Interstate 80*.

—Qué bien, Freddy. —Trató de parecer más convencida—. Está muy bien.

Él la observó apurar la copa.

—Eso hará que te vean.

—La verdad es que no estoy fina.

—O sea que no quieres trabajar.

—No he dicho eso. Solo digo que no me encuentro bien.

—Maria, lo entiendo. Me rompe el corazón pensar por lo que estáis pasando Carter y tú. Créeme, sé lo que es. Por eso sé que el trabajo es la mejor medicina para los problemas de la vida privada. No quiero sonar como un agente, pero el diez por ciento de nada no paga las facturas. —Se rio, y luego la miró—. Es broma, Maria. Solo una broma.

El sangrado vino y se fue y volvió. Avanzada la tarde del tercer día de trabajo en *Interstate 80* se le marcaban arrugas involuntarias de dolor en la frente y no aguantaba de pie más que unos segundos. Se sentó en la penumbra en el borde del plató y rogó que los cámaras ajustaran todo tan despacio que hubiera que retrasar la última secuencia del día hasta la mañana siguiente. A las cinco y media dieron por buena la tercera toma y más tarde en el aparcamiento Maria no recordaba haberla hecho.

A medianoche sangraba tanto que empapó tres compresas en quince minutos. Había sangre en la cama, sangre en el suelo, sangre en las baldosas del baño. Pensó en llamar a Les Goodwin —no pasaría nada por llamarlo, sabía que Felicia estaba en San Francisco— pero no lo hizo. Telefoneó a Carter.

—Llama a un médico —dijo Carter.

—No quiero.

—Pues entonces ve a urgencias, por Dios.

—No puedo —dijo al fin—. La cuestión es que mañana trabajo.

—Cómo que trabajas. Qué cojones quieres decir con que trabajas. Acabas de decir que te estás muriendo.

—Yo no he dicho eso.

—Has dicho que estabas asustada.

Maria no dijo nada.

—Por Dios, Maria, estoy en el desierto, no puedo hacer nada, hazme el favor de ir al hospital, ¿o prefieres que avise a la policía y vayan a buscarte?

—Solo quieres que vaya al hospital para que no ocurra nada por lo que sentirte culpable —dijo entonces ella, lo dijo sin tener intención de hablar, y cuando oyó las palabras rompió a sudar—. Escucha. No he querido decir eso. Es que estoy cansada. Oye. Ahora mismo aviso al médico.

—Tienes que jurármelo. —La voz de Carter sonaba vacía, exhausta—. Tienes que jurarme que vas a avisar a un médico. Y que si hay algún problema volverás a llamarme.

—Lo prometo.

En cambio se tomó una Dexedrina para mantenerse despierta. Despierta siempre podría llamar a una ambulancia. Despierta podría salvarse si llegaba el caso. Por la mañana, desde el estudio, llamó al médico.

—La visitaré en el Saint John's —dijo el doctor.

—No puedo ir al hospital. Se lo he dicho, estoy trabajando.

—Tiene usted una hemorragia, no puede trabajar.

—Ah, sí, claro que puedo —dijo ella, y colgó.

Había tenido intención de pedirle más Dexedrina, pero se la pasó una peluquera del rodaje. Mientras se cambiaba de ropa encontró un trozo grande de tejido



sanguinolento en la compresa, y lo metió en un sobre y lo dejó en la consulta del médico de vuelta a casa del estudio. Cuando telefoneó al día siguiente el médico le dijo que el tejido formaba parte de la placenta y que todo había terminado. Por primera vez en dos semanas Maria durmió toda la noche, y llegó una hora tarde al trabajo.

—Ibas a venir a utilizar la sauna —dijo Larry Kulik.

—He estado...

—Ya me he enterado.

—De qué.

—De que estás para que te encierren, la verdad.

—Crees que necesito una sesión de sauna.

—Creo que necesitas algo.

Maria no dijo nada.

—Soy buen amigo de la gente que me cae bien —dijo Larry Kulik—. Piénsatelo.

A los pocos días comenzaron los sueños. Maria tenía relación con un miembro de un oscuro sindicato. A veces su contacto era Freddy Chaikin, a veces un hombre del FBI que había visto una vez en Nueva York y en quien no había vuelto a pensar. Ciertas frases se repetían. Él siempre le explicaba que formaba «parte de una operación». Siempre quería discutir «una propuesta de negocios». Siempre mencionaba un plan para utilizar la casa de Beverly Hills «con fines que no tendrían nada que ver» con ella. Bastaba con que Maria le proporcionara cierta información: el estado de la fontanería, el ancho exacto de las cañerías, la ubicación y tamaño de las bocas de limpieza. Aparecían operarios, se preparaban las habitaciones. El hombre de los pantalones de loneta blanca se materializaba y luego el médico, con el delantal de goma. En ese momento ella trataba de recuperar la conciencia pero nunca conseguía despertarse antes de que el sueño revelase su inexorable intención, antes de que se atascaran las cañerías, antes de que todos huyeran y la dejaran allí, mientras salía agua gris a borbotones de todos los desagües. Por supuesto no podía llamar a un fontanero, porque desde el principio había sabido lo que encontraría en las cañerías, los tajos de carne humana.

En noviembre el calor remitió, y Carter fue a Nueva York a montar la película, y Maria seguía soñando lo mismo. La mañana en que un desagüe se atascó en la casa de Beverly Hills buscó en los anuncios clasificados otro lugar donde dormir.

—Le sorprenderá la historia de este lugar —dijo el hombre mientras le mostraba el apartamento. Vestía un albornoz playero de velvetón calabaza y gafas envolventes y Maria no lo había encontrado en el apartamento de la «Portería» sino en Fountain Avenue, regando la acera—. Como escritora, tal vez le interesará saber que Philip Dunne vivió en el 2-D.

—No soy escritora —dijo Maria.

—Perdone, fue Sidney Howard. —Se quitó las gafas y se las limpió en la manga del albornoz—. O eso dice la leyenda.

En diciembre el árbol de Navidad de lo alto de la Torre Capital Records apareció y desapareció, y Maria tuvo a Kate tres días. Recorrieron La Brea en coche en busca de un árbol de Navidad y cenaron con Les y Felicia Goodwin en su casa nueva y Kate rompió contra un espejo enorme la muñeca victoriana que Felicia le había regalado.

—Echa de menos a Carter —murmuró Felicia, consternada no solo por el destrozo en sí.

—No tienes ni puta idea de lo que hablas —dijo Les Goodwin.

La mirada de Kate pasó veloz de Maria a Les y a Felicia y de vuelta a Maria, y entonces, en sobrenatural sintonía con la amenaza de unas voces que ni siquiera se habían alzado, empezó a gritar. Entre disculpas de la madre, gritos de la niña, el suelo reluciente cubierto de añicos de espejo y cerámica de color carne, abandonaron la cena de Navidad. Toda esa noche la pasaron abrazándose las dos con callada ferocidad protectora pero al día siguiente en el hospital, al despedirse, solo Maria lloró.

En enero había plantas de Navidad delante de todos los *bungalows* entre Melrose y Sunset, y llegó la lluvia, y Maria ya no llevaba sandalias sino zapatos de verdad y un suéter de lana Shetland que había comprado en Nueva York el año que cumplió diecinueve. Durante días de lluvia incesante no pronunció palabra ni leyó un periódico. No podía leer la prensa porque determinadas historias la asaltaban desde la página: los niños de cuatro años en el congelador abandonado, la merienda con detergente Purex, el bebé en el camino de entrada del coche, la serpiente de cascabel en el parque, el peligro, el peligro inefable, de la cotidianidad. Desfallecía mientras la procesión desfilaba ante ella, los niños vivos la última vez que los regañaron y muertos cuando volvían a verlos, los niños encerrados en el coche ardiendo, las

caritas, los gritos indefensos. Según la prensa las madres siempre estaban sedadas. En el mundo entero no había suficiente sedación para tanto peligro instantáneo. Maria comía enchiladas congeladas, miraba la televisión para saber lo que pasaba en el mundo, se consideraba bajo los efectos de los sedantes y no salía del apartamento de Fountain Avenue.

—No sé si lo habrá notado, soy una enferma mental —dijo la mujer. La mujer estaba sentada junto a Maria en la barra de la cafetería de Ralph's Market—. Hablo con usted.

Maria se giró.

—Perdón.

—Padezco una enfermedad mental desde hace siete años. No sabe el esfuerzo que supone pasar un día como hoy.

—Es un mal día para usted —dijo Maria con voz neutra.

—Qué tiene de diferente este día.

Maria miró disimuladamente las cabinas pero aún había cola. El teléfono del apartamento no funcionaba y tenía que avisar. La cola de las cabinas de Ralph's Market de pronto le hizo pensar en una desorganización tan general que la norma era tener un teléfono estropeado o algún negocio clandestino que atender, algún desliz extramatrimonial. Necesitaba un teléfono. No había nadie con quien quisiera hablar pero necesitaba un teléfono. Si no estaba localizable ocurriría, el peligro encontraría a Kate. A su lado la voz de la mujer subía y bajaba de forma monótona.

—Es decir, no se imagina la desesperación. Créame, me he planteado acabar con todo. *Kaput*. Fin. La cabeza en el horno.

—Un médico —dijo Maria.

—Médicos. Ya he hablado con médicos.

—Se sentirá mejor. Intente sentirse mejor. —La chica que estaba usando la cabina más cercana parecía estar pidiendo un taxi que la llevara a casa. La chica llevaba rulos en el pelo y un niño pequeño en una canastilla y Maria se preguntó si le habrían embargado el coche o el marido la habría dejado o qué habría pasado, por qué pedía un taxi desde el Ralph's Market—. Me refiero a que debe intentarlo, no puede seguir así eternamente.

—Desde luego que puedo. —Las lágrimas empezaron a deslizarse por el rostro de la mujer—. Ni siquiera quiere hablar conmigo.

—Sí que quiero. —Maria le tocó el brazo—. Que sí.

—Quítame las manos de encima, puta —chilló la mujer.

—Hay algo que se me escapa, Maria —dijo Carter al teléfono desde Nueva York—. Tienes una casa de mil quinientos dólares al mes vacía en Beverly Hills y vives en un apartamento amueblado de Fountain Avenue. ¿Quieres estar más cerca de Schwab's? ¿Es eso?

Maria se tumbó en la cama para ver en la televisión una noticia sobre una casa a punto de precipitarse al río Tujunga.

—No vivo aquí, es solo temporal.

—Sigo sin pillar la gracia.

Mantuvo la vista en la pantalla.

—Pues no lo entiendas —dijo en el instante mismo en que la casa se partía y caía al agua.

Después de que Carter colgara Maria se envolvió en la bata y se fumó un resto de porro y miró la entrevista con la mujer a quien había pertenecido la casa. «Habéis hecho un trabajo de cámara excelente, chicos», dijo la mujer. Maria se acabó el porro y repitió el cumplido en voz alta. Las noticias sobre los deslizamientos e inundaciones del día dieron paso a una crónica sobre un pequeño temblor de tierra con epicentro en las proximidades de Joshua Tree, de 4,2 en la escala de Richter, y, como corolario, a una entrevista con un ministro pentecostal que había recibido la profecía de que un viernes por la tarde del mes de marzo perecerían ocho millones de personas en un terremoto. La noción de devastación general ejercía en Maria cierto efecto sedante (la serpiente de cascabel en el parque, eso era otra cosa, eso era particular, eso era punitivo), le sugería un instante en que todas las ansiedades se verían de pronto gratificadas, y entre la profecía del terremoto y la marihuana y la alegre indiferencia de la mujer cuya casa se había hundido en el Tujunga, sintió una especie de tranquilidad resignada. Entre aquellas cuatro paredes alquiladas se sentía a salvo. Estaba más que a salvo, estaba bien: se había visto en *Interstate 80* justo antes de las noticias y se la veía bien. Cálida, satisfecha, cargada de pequeñas decisiones vacilantes, Maria se durmió antes de que terminaran las noticias.

Pero a la mañana siguiente cuando la ducha pareció embozar el desagüe vomitó en el lavamanos, y en cuanto dejó de temblar recogió las cuatro cosas que se había traído a Fountain Avenue y, bajo la lluvia torrencial, condujo de regreso a la casa de Beverly Hills. Habría cañerías dondequiera que fuera.

- Voy a hacerlo —diría ella por teléfono.
- Pues hazlo —diría Carter—. Es mejor.
- Crees que es mejor.
- Si es lo que quieres.
- Qué quieres tú.
- Nunca ha estado bien —diría él—. Ha sido una mierda.
- Lo siento.
- Sé que lo sientes. Lo siento.
- Podríamos intentarlo —diría al rato alguno de los dos.
- Ya lo hemos intentado —contestaría el otro.

Para cuando Carter regresó a la ciudad en febrero el diálogo había perdido toda la energía, el matrimonio se había resquebrajado.

- Tengo un abogado nuevo —le dijo ella—. Puedes quedarte con Steiner.
- Lo llamaré hoy mismo.
- Necesitaré un testigo.
- Helene —dijo él—. Helene puede hacerlo.

Pareció aliviado de que el diálogo hubiera quedado reducido a detalles legales, satisfecho de poder proponerle a Helene. Él se quedaría en la casa de invitados de BZ y Helene mientras sonorizaban los diálogos y ponían música a la película. Hablaría inmediatamente con Helene. Maria se sintió una sonámbula camino del tribunal.

- Veamos... Una vista por la tarde. —Helene espació las palabras como si estuviera consultando la agenda—. Eso significa almorzar antes, no después.
- No tenemos por qué almorzar.
- Un día es un día, Maria. Por supuesto que almorzamos.

El día de la vista Maria se durmió, atontada de Seconal. Cuando entró en el Bistro media hora tarde para almorzar solo pudo pensar vagamente en lo sana que parecía Helene, lo bronceada y de algún modo invencible que parecía con su camisa de seda y las gafas tintadas y la larga melena con mechas y una esmeralda cuadrada nueva que le cubría uno de los dedos hasta el nudillo.

—Endereza la espalda —dijo Helene, alzando un poco la copa al sentarse Maria—. Pareces un fantasma. Deberíamos ir juntas a Palm Springs. —Los ojos de Helene no miraban a Maria sino a dos mujeres sentadas en el otro extremo de la sala—. Allene Walsh tiene una amiga nueva —le murmuró a Maria mientras sonreía a la mayor de las dos mujeres—. Llevan media hora metiéndose cucharaditas en la boca la una a la otra.



—Es una actriz que se llama Sharon Carroll, trabajé una vez con ella. —Maria intentó recordar algún otro detalle para saciar el ávido interés de Helene por el prójimo—. Tenía un consolador en el camerino.

—Allene Walsh tiene más consoladores por la casa que nadie que conozca. Mira mi anillo nuevo.

—Ya lo he visto.

—De Carlotta. —Helene examinó la esmeralda—. Por quedarme con ella en el desierto. Hablando de nuevas amigas. El tío las hacía desfilar por el hotel como en los copiones, no he podido levantarme a por un Nembutal sin tropezarme con alguna botella de Monsieur Y de alguien. —Por un momento la cara de Helene pareció desanimarse, y cuando volvió a hablar su voz sonó plana y preocupada—. Tienes muy mal aspecto, Maria, esto no es excusa para que te vengas abajo, a ver, por un divorcio. Yo llevo dos.

—Creía que solo uno.

—Dos —corrigió Helene sin interés—. BZ dice uno porque es lo que le contó a su madre. —Estaba enfrascada en su reflejo en el espejo de detrás de la mesa, trazando una línea con un dedo de la barbilla a la sien—. La verdad es que se nota —dijo al final.

—¿El qué?

—Que llevo tres días sin mi Laszlo.

La voz de Helene seguía sonando plana pero parecía haber recuperado el interés.

A las dos se reunieron con Carter y los abogados frente al juzgado de Santa Mónica, y a las dos y media Maria prestó juramento y Helene confirmó que el demandado, Carter Lang, había pegado y humillado de diversas y repetidas maneras a la demandante, la señora Maria Lang. Se presentó acusación de crueldad mental, que no se impugnó. Esa señora Maria Lang a quien aludían los abogados a ella le parecía otra persona, una esposa agraviada que podía haber visto entrevistada en televisión. Mientras esperaban a que se esclarecieran los detalles, se firmaran los documentos, Maria permaneció sentada muy quieta con las manos en el regazo. Helene se movía sin parar a su lado, con la vista puesta al otro lado del pasillo, en Carter y su abogado.

—Carter —susurró al final Helene, inclinándose por delante de Maria para llamar la atención de él—. El acertijo de la semana. Adivina qué dos bollos estaban hoy dándose de comer suflé de queso en el Bistro.

—¿Qué has hecho últimamente? —le preguntó Carter cuando volvieron a verse.

—Trabajar. Pronto empezaré a trabajar.

—Quiero decir que a quién has visto.

—A nadie. Helene. BZ. BZ viene a veces.

—No te metas ahí —dijo Carter.

—Es amigo tuyo —dijo Maria.

La primera vez que Maria vio a BZ había sido en la casa de la playa y eran las dos de la tarde de un día entre semana y era el verano en que Carter estaba montando *Angel Beach*.

—Tengo una cita en la playa con el tipo ese de San Francisco del que te he hablado —había dicho Carter—. Acompáñame y ven a nadar.

—No me apetece nadar.

—Maria —dijo al final Carter—, es posible que el tipo invierta dinero. Tal vez. ¿De acuerdo?

Cuando entraron en la casa de la playa ella pensó que debía haberse producido un malentendido, alguna confusión con el día o la hora, porque el hombre al que le hablaba Carter estaba sentado solo con un proyector en un salón a oscuras pasando una película pornográfica de una calidad técnica extraordinaria.

—Las dos en punto, muy puntuales —había dicho el hombre, y miró a Maria un buen rato antes de apagar el proyector.

—¿Pasaste ayer por el estudio? —Carter parecía ajeno a las peculiares circunstancias del encuentro—. ¿Te enseñaron el montaje provisional?

—Fantástico.

—¿Helene lo ha visto? —insistió Carter—. ¿Dónde está Helene?

—En la playa.

—Iré a ponerme el bañador —dijo Maria, incómoda en la sala oscura, y BZ había vuelto a mirarla, luego encendió otra vez el proyector.

—Hace demasiado frío para nadar —dijo BZ, y luego a Carter—: El montaje provisional me ha parecido fantástico, salvo que pierdes la historia.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —continuó BZ—, ¿qué sentía Maria sobre la pandilla, las doce pollas?, ¿tenía la impresión de que no se lo hacían a ella sino a otra?, ¿le interesa eso a ella?, ahí no entras, te pierdes la historia.

El rollo había terminado y solo se oía la película golpeando contra el proyector.

—Es una película comercial, BZ —dijo al final Carter.

BZ se limitó a encogerse de hombros, y cambió el rollo. De nuevo las figuras inundaron la pantalla. Sin decir palabra, BZ se sentó en un cojín y empezó a mirar a Maria. Se lio un cigarrillo y se lo pasó, y cuando ella se lo entregó a Carter este lo aceptó sin apartar la vista de la pantalla. Entre la marihuana y las figuras de la pantalla Maria se ruborizó y perdió un poco el control.

—Mira la película, BZ —había dicho de pronto Carter—. Increíble, qué efectos.

—Ya he visto la película, Carter —había dicho BZ, y no le quitó ojo a Maria.

—Vamos a Ciudad de México esta noche —dijo BZ.

—¿Quiénes?

—Tú, yo, Helene, no sé, tal vez Larry Kulik, vayamos un par de días, Susannah Wood está allí rodando unos interiores en Churubusco.

—No quiero ir —dijo Maria.

—Sí que quieres —dijo BZ.

Cada noche se recitaba lo que debía hacer: tenía que pedirle a Les Goodwin que acudiera a salvarla del peligro. Calmada, se quedaba dormida fingiendo que incluso entonces estaba acostada con él en una casa junto al mar. La casa no se parecía a ninguna que hubiera visto pero pensaba en ella tan a menudo que sabía hasta dónde se guardaba la ropa blanca, la vajilla, sabía cómo descendía la hierba hacia la playa y en qué rocas se encharcaba la marea. Cada mañana en aquella casa Maria hacía la cama con sábanas limpias. Cada día en aquella casa Maria cocinaba mientras Kate estudiaba. Kate se sentaba en una franja iluminada por el sol, encorvada sobre una mesa de pino, y luego cuando bajaba la marea recogían mejillones juntas, Kate y Maria, y más tarde los tres se sentaban juntos a la gran mesa de pino y Maria encendía una lámpara de queroseno y se comían los mejillones y se bebían una botella de vino blanco fresco y al rato era otra vez hora de acostarse, en las sábanas blancas y limpias. En el cuento que Maria se contaba a las tres o las cuatro de la madrugada solo había tres personas y ninguna tenía historia, solos el hombre y la mujer y la niña y, a la luz de la lámpara, las opalescentes conchas de los mejillones.

Pero al alba siempre estaba de vuelta en la casa de Beverly Hills, inquieta a la extraña luz de primera hora, asediada por las múltiples historias de él, de ella y de Kate, convencida de que BZ y Larry Kulik y toda su calaña la veían de un modo que tal vez Les Goodwin no querría, la conocían, sabían cómo era, la habían calado, comprendían igual que ella que el inmóvil centro del mundo diurno nunca era una casa junto al mar sino una esquina de Sunset con La Brea. En esa luz solar vacía Kate no podría estudiar, y los mejillones de todas las playas que Maria conocía eran tóxicos. En lugar de telefonar a Les Goodwin, se compró un vestido de vinilo plateado e intentó dejar de pensar en qué había hecho aquel hombre con el bebé. El tejido. La cosa muerta viviente, comoquiera que lo llamaras.

—Me voy unos días a Nueva York —le dijo a Carter. No se le había ocurrido antes ir a Nueva York pero en la confusión del momento de toparse con Carter en una calle de Beverly Hills la idea se había materializado y simultáneamente había devenido una posibilidad real. Era algo que la gente hacía cuando no sabía qué otra cosa hacer, se iba unos días a Nueva York—. Mañana por la mañana —añadió.

—¿Qué vas a hacer en Nueva York?

—Qué suele hacer la gente en Nueva York.

Se quedó mirándola un buen rato. Ella era consciente de que iba despeinada y tenía la cara hinchada. No lo miró a los ojos.

—Va al teatro —dijo él por fin—. Quizá podrías ir al teatro.

—Tal vez vaya —dijo ella, y se alejó.

Durante todo ese día Maria pensó en fetos en el East River, traslúcidos como medusas, flotando por las cataratas de las alcantarillas junto con mondas de naranjas. No fue a Nueva York.

Una vez hacía mucho tiempo Maria había trabajado una semana en Ocho Ríos con una chica que acababa de abortar. Recordaba a la chica contándoselo mientras estaban sentadas acurrucadas al lado de una cascada esperando a que el fotógrafo decidiera que el sol estaba lo bastante alto para rodar. Por lo visto era una época difícil para abortar en Nueva York, se habían producido arrestos, nadie quería hacerlo. Al final la chica, se llamaba Ceci Delano, le había preguntado a un amigo de la oficina del fiscal del distrito si conocía a alguien. «Quid pro quo», había dicho él, y el mismo día que Ceci Delano testificaba ante un selecto jurado que habían intentado reclutarla como chica de alterne, un poco más tarde ingresaba en el Doctors' Hospital para una intervención de dilatación y legrado legal, concertada y costeada por la oficina del fiscal del distrito.

A Maria le había parecido una historia divertida cuando se la contó, tanto aquella mañana junto a la cascada como después durante la cena, cuando se la repitió al fotógrafo y al representante de la agencia y al coordinador de moda del cliente. Ahora intentaba ver bajo el mismo prisma humorístico lo que había ocurrido en Encino, pero la situación de Ceci Delano no parecía venir al caso. Al final era solo una historia de Nueva York.

La carta del hipnotizador estaba mimeografiada, y llegó a Maria dirigida al estudio que había estrenado *Angel Beach*. SUS INQUIETUDES PUEDEN DATAR DE CUANDO ERA BEBÉ, empezaba diciendo la carta, y luego, tras un espacio, seguían las palabras EN EL VIENTRE DE SU MADRE. Maria leyó la carta con suma atención. El hipnotizador había descubierto que muchas personas podían regresar no solo a la infancia sino al instante mismo de la concepción. El hipnotizador recibiría a unos pocos clientes interesados en la privacidad de su hogar en Silverlake. Con la sensación de que estaba a punto de confirmar una pesadilla, Maria llamó al teléfono que se indicaba.



—Has estado cepillándotelo mojado —dijo el peluquero, levantando un mechón del pelo de Maria y soltándolo asqueado.

—Supongo. —Maria nunca conseguía cumplir con su parte del diálogo con los peluqueros.

—Ya te lo advertí, así se abren las puntas —dijo él sin verdadero interés, y luego trasladó su atención a una chica delgada que acababa de acercarse a besarle la nuca—. Cómo estás, nena.

—Me he operado.

—No me digas.

—De un absceso pélvico. —La chica se soltó la bata y se acarició la clavícula con aire ausente—. Por todos los conductos.

—Oye, me he enterado de que su nueva obra está muerta de asco —dijo el peluquero—. Bibi Markel estuvo por allí y dice que intentaban poner el contrato en espera.

—*Macht nicht* para mí —dijo la chica—. Salvo que quizá tenga que ir a juicio para conseguir la manutención. —Se soltó un rulo enorme de la cabeza y se palpó el pelo para ver si estaba seco—. Mira —dijo de repente—. Termina con ella y luego me peinas y salimos a tomar una copa de camino a casa.

—Ahora dónde vives.

—Junto a Coldwater, en el mismo sitio. ¿Vale? ¿Me lo prometes?

—Me lo pensaré.

—Por favor. Promételo.

Él no le hizo caso y le entregó un espejo a Maria.

—¿Quieres pasar por el secador, Maria, cielo?

Pero Maria se limitó a negar con la cabeza y sacó quince dólares del bolso y se dirigió a toda prisa al vestidor.

—Tal vez convenza a Sandy para que venga.

Incluso desde el vestidor oía a la chica engatusándolo, la chica flaca y guapa con el absceso pélvico y la pensión de separación y el pelo arreglado y nadie con quien beber. Maria fijó la atención en las pilas de batas usadas y toallas húmedas e intentó no oír lo que fuera que la chica dijera a continuación. La chica era un presentimiento de algo.

—Oye —dijo entonces la chica—. Tal vez convenza a Bibi Markel.

Las había observado en el supermercado y conocía las señales. A las siete de un sábado por la tarde hacían cola en la caja leyendo el horóscopo del *Harper's Bazaar* y en los carritos llevaban una chuleta de cordero y tal vez un par de latas de comida de gato y el periódico dominical, la primera edición con los tebeos envueltos por fuera. Algunas eran muy guapas, con la falda de la longitud correcta y las gafas de sol del tono adecuado y tal vez solo una ligerísima tensión vulnerable alrededor de la boca, pero allí estaban, una chuleta de cordero y comida de gato y el periódico matinal. Para evitar delatarse, Maria compraba siempre para una familia, garrafas de zumo de uva, litros de salsa de chile verde, lentejas secas y pasta de letras, macarrones y boniato en conserva, paquetes de nueve kilos de detergente de la ropa. Conocía todos los indicios de la solitaria ociosa, nunca compraba tubos pequeños de pasta dentífrica, nunca echaba una revista al carrito de la compra. La casa de Beverly Hills rebosaba de azúcar, preparado para magdalenas, asados congelados y cebollas. Maria comía requesón.

—Flotas en el agua —dijo el hipnotizador—. Flotas en el agua y está tibia y oyes la voz de tu madre.

—No —dijo Maria—. No.

El hipnotizador se levantó. Siempre parecía frío y siempre bebía Pernod con agua y tenía la casa llena de polvo y repleta de recortes de periódico y carpetas de archivador manchadas.

—Qué escuchas —dijo al fin—. Qué escuchas y ves en tu mente en este instante. Qué estás haciendo.

—Conduzco hacia aquí —dijo Maria—. Voy en coche por Sunset y me quedo en el carril izquierdo para poder ver el salón de baile New Havana y entonces giro a la izquierda en el New Havana. Eso es lo que estoy haciendo.

Al principio de aquella primavera algún marica la acompañaba de vez en cuando a una fiesta. Nunca era un marica famoso, nunca uno de esos mariposones entregados a escoltar a las esposas separadas de directores importantes, sino un marica de tercera. Al principio varios de ellos la consideraban incluso un pequeño activo: les gustaba no solo porque escuchaba monólogos de madrugada sobre sus tendencias suicidas sino porque los años de modelo la habían formado precisamente en las distinciones marginales que a ellos les preocupaban. Maria entendía, por ejemplo, de zapatos, y siempre sabía distinguir entre la pulsera apropiada y la imitación graciosa de la pulsera apropiada y la pulsera que era una simple copia insulsa. Con todo, subsistía en su actuación una fatídica falta de convicción, algún instante de súbito desinterés que terminaba provocándoles una condescendencia a la defensiva. Al final se miraban arqueando las cejas con impotencia cuando estaban con ella y se mostraban excesivamente solícitos. «Querida —le decían—, tómate otra copa». Y se la tomaba. Ahora bebía mucho por las noches porque cuando lo hacía no soñaba. «Al gas por aquí, damas y caballeros», repetía un altavoz en sus sueños, y Maria tachaba nombres conforme los niños desfilaban por delante de ella, los niñitos en la gran antesala verde, ella recogía sus relicarios y anillitos en una cesta de red. Tenía instrucciones de susurrarles palabras de consuelo a los niños que llorasen o se resistieran, porque aquella era una operación humanitaria.

—Leonard está pasando diez días en Nueva York —dijo Helene en cuanto Maria hubo colgado el teléfono—. ¿Te lo había dicho?

—Tres veces —dijo Maria.

Leonard era el peluquero de Helene.

—Me da igual si estoy fuera, pero si estoy en la ciudad y Leonard no... ¿Con quién hablabas por teléfono?

—Con el asistente de alguien.

—¿Cómo que el asistente de alguien? ¿De quién?

—De un columnista del gremio. No sé.

—¿Qué quería?

—Quería saber si salgo con alguien. También quería saber qué opino de que Carter salga con Susannah Wood.

Helene se encogió de hombros.

—Ya lo sabías.

—¿Están saliendo? ¿No te parece una palabra curiosa?

—No mucho. —Helene estaba examinándose la línea del nacimiento del pelo en un pequeño espejo—. Si estoy en la ciudad y Leonard no, siento casi... miedo.

Maria no dijo nada.

—Supongo que no lo entiendes.

Maria vio que los ojos de Helene se llenaban de lágrimas.

—Helene, no —dijo al fin—. No te deprimas.

—Es una mierda —dijo Helene—. Todo es una mierda.

Todo lo que se le ocurría para hacer en la ciudad ya lo había hecho. Se había registrado en el motel, se había comido un cangrejo en el puerto deportivo. A las tres de la tarde había sido la única clienta del restaurante del puerto y había aguantado unos treinta o cuarenta minutos descorazonadores, las rodajas de remolacha manchaban las patas del cangrejo y un par de camareros discutían sin ganas y de fondo sonaba un popurrí de *Show Boat*. Después había paseado por la arena pedregosa y había conducido sin rumbo hasta Port Hueneme y de vuelta a Oxnard y ahora estaba sentada en un banco de la plaza del centro, contemplando a unos chicos de andrajosas cazadoras Levi's y gafas oscuras sentados en la hierba cerca de su coche. Habían aparcado las Harley sobre el bordillo y parecían pasarse un porro con furtivo atrevimiento y de vez en cuando la miraban y se reían. Debido a un incendio petrolífero en el norte una bruma amarilla se cernía sobre la ciudad, una gran quietud sobre la plaza. En el siguiente banco un hombre tosía sin parar, escupía flemas que parecían quedar suspendidas en el aire espeso. Una mujer vestida de enfermera pasó junto a los arbustos de camelias muertas empujando silenciosamente la silla de ruedas de una asexuada figura ovillada. Maria cerró los ojos e imaginó que la mujer se le acercaba con una aguja hipodérmica. Cuando volvió a abrir los ojos los chicos de las cazadoras Levi's parecían estar desvalijando las guanteras de los coches estacionados. Para oír sus propios pasos Maria se levantó y se dirigió a la cabina de al lado de los lavabos públicos y pidió a la operadora que llamara otra vez al número de Los Ángeles.

Le diría que no podía esperar.

Le diría que estaba sentada en un parque viendo cómo unos macarras desvalijaban coches y que no podía esperar.

Tal vez no se sintiera así si hablase con él, quizá la hiciera reír. Tal vez oiría la voz de él y se rompería el silencio, la mujer vestida de enfermera hablaría con su carga y los chicos se montarían en las Harley y se alejarían estruendosamente.

Pero cuando la operadora la pasó con el estudio una voz se limitó a decir que el señor Goodwin estaba ocupado.

Cuando Maria colgó el teléfono el silencio fue absoluto. Ahora todos los chicos de las cazadoras Levi's la miraban, porque estaban rodeando su coche, sabían que era el suyo, la habían visto cerrarlo. Fueron probando diversas llaves. La observaban para ver qué haría. Como a cámara lenta, ella echó a andar por el césped en dirección al coche y, al acercarse, los chicos retrocedieron, formaron un semicírculo. De un modo abstracto admiró la manera en que los chicos y ella estaban desarrollando una coreografía, atentos al mismo ritmo silente. Mantuvo la vista serena, el paso regular, y cuando terminó abriendo el coche bajo la mirada inexpresiva de ellos lo hizo con extrema deliberación. Al deslizarse en el asiento del conductor miró directamente a cada uno de los chicos, uno por uno, y en ese instante de total complicidad uno de

ellos se inclinó sobre la capota y alzó una mano en reconocimiento por lo que acababa de suceder, con la palma abierta, dibujando un arco en el aire inmóvil. Después Maria rememoraría aquellos minutos en la plaza de Oxnard y los recrearía, cambiando el guión. De ese modo la cosa terminaba mal o bien, según quisieras.

Se sentó en la habitación de motel de Oxnard cerca de las vías del Southern Pacific y esperó a que Les Goodwin llamara. Él le había dicho nueve y media o diez pero por la tarde Maria había pasado con el coche frente al cine, la marquesina anunciaba PREESTRENO 20.00. Un preestreno a las ocho significaba que, para cuando acabaran de revisar las tarjetas, serían las once. Cuando sonó el teléfono, eran las once menos cuarto y él le dijo que aún tenía para media hora más. Maria se tomó dos Librium, se lavó la cara aunque se había duchado hacía una hora, adecentó el dormitorio immaculado como para borrar cualquier indicio de su presencia. Cuando no le quedó nada que arreglar cruzó el aparcamiento hasta la máquina de hielo de la piscina y llenó un cubo de cartón con cubitos. Después de colocarlo en una bandeja con dos vasos de agua y una botella de *whisky* se sentó en la cama y hojeó el listín telefónico de Oxnard-Port Hueneme. Constaban catorce Wyeth, veintitrés Lang y veinte Goodwin.

Cuando por fin le abrió la puerta evitó mirarle a los ojos, hundió la cara en su camisa. Los dos temblaban. Él sirvió el *whisky* en los dos vasos sin hielo y se sentaron en la cama, todavía no se habían mirado.

—He estado a punto de no venir —dijo él entonces—. Esta tarde te he llamado a casa, iba a decirte que no iría, que habían cancelado el preestreno.

—Lo sé.

—Lo sabes.

—Iba a decirte que estaba aquí y no podía esperar.

—¿Has venido por la tarde?

—No tenía nada que hacer en la ciudad —dijo ella, y luego lo miró—. He venido esta tarde porque tenía miedo de que llamas y me dijeras que habían cancelado el preestreno.

—Este sitio es asqueroso —dijo él al final—. Vámonos de aquí.

Condujeron por la costa hasta que estuvieron lo bastante agotados para dormir, y luego durmieron, abrazados como niños en un cuarto junto al mar en Morro Bay.

—Tengo hasta mañana, podemos seguir subiendo por la costa —dijo él a la mañana siguiente.

—Podríamos ir a Big Sur.

—Comer en el campo, alojarnos en el Lodge.

—Podríamos comprar un saco y dormir en la playa.

—Tengo que llamar a Felicia —dijo él entonces.

—Espera a que me vista.

Se vistió de espaldas a él, luego salió de la habitación de motel y caminó hasta el mar. El agua había arrastrado una alcantarilla y el equipo que habían traído para levantarla se había quedado atascado en el barro arenoso. Desnuda de brazos y



piernas, tiritando con su vestido de punto de algodón, se quedó un largo rato viendo cómo trataban de liberar el equipo. Cuando regresó al hotel él estaba vestido, sentado en la cama sin hacer.

—No llores —dijo él.

—No tiene sentido.

—Qué no tiene sentido.

—No tiene sentido hacer ninguna de esas cosas.

Él se quedó mirándola un buen rato.

—Más adelante —dijo él.

—Lo siento.

—No pasa nada.

En el trayecto de vuelta se dijeron que había sido la ocasión errónea, el lugar equivocado, que estaba mal porque él había mentido para quedar, que todo iría bien en otro momento, en un idílico más adelante. Él mencionó la tensión a la que estaba sometido, mencionó que el preestreno había ido mal. Ella mencionó que iba a venirle la regla. Mencionaron a Kate, Carter, Felicia, el tiempo, Oxnard, que a él le desagradaban las habitaciones de motel, el miedo al subterfugio de ella. Mencionaron todo menos una cosa: que ella se había dejado el sentido en un dormitorio de Encino.

Maria hizo una lista de las cosas que nunca haría. Nunca: «deambularía sola por el Sands o el Caesar's pasada la medianoche». Nunca: «follaría en una fiesta, practicaría sadomaso a menos que le apeteciera, pediría las pieles prestadas a Abe Lipsey, traficaría». Nunca: «pasearía un yorkshire por Beverly Hills».

—Estaré unas semanas fuera —dijo Carter—. He pasado por aquí porque no voy a estar, quería decírtelo... Han aceptado la película en Cannes.

—Lo he leído.

—¿Ya la has visto?

—¿Cómo voy a verla? No se ha estrenado, ¿verdad?

—Joder, Maria, hace un mes que la pasan cada noche, lo sabes... Mierda.

—No era mi intención que fuera así —dijo ella al rato.

—Nunca tienes intención de nada.

Siempre era así cuando él venía pero a veces después, cuando ya se había marchado, el espectro del rostro infeliz de Carter la visitaba, clavándose como una aguja en el corazón, y proyectaba en su desventurada conciencia todas las imágenes de la familia que podrían haber sido: Carter lanzando una pelota de plástico transparente rellena de confeti, Kate incapaz de atraparla. Kate llorando. Carter columpiando a Kate por las muñecas. El riego de los aspersores y la pelota de plástico transparente con el confeti cayendo dentro y los brazos gordezuelos de Kate estirándose para recibir una pelota que nunca atraparía. Fotograma congelado. Kate febril, Carter pasándole una esponja por la espalda mientras Maria telefoneaba al pediatra. El cumpleaños de Kate, Kate riendo, Carter soplando la vela. Las imágenes se le aparecían a Maria como diapositivas en un cuarto oscuro. En la película podrían haber pasado por una familia.

—Escucha —le dijo Maria a Carter la noche antes de que partiera hacia Cannes. Había pospuesto la llamada hasta casi medianoche pero al final se había obligado a hacerla—. La peli está muy bien. He ido a un pase, es una película preciosa.

Se produjo un silencio.

—Si me necesitas habla con BZ —dijo él entonces—. Él sabrá localizarme.

—La película. De verdad que me ha gustado.

—Bien. Gracias.

—Qué ocurre.

—Olvídalo, Maria. —Su voz sonaba cansada—. En toda la semana no han pasado una sola copia en Los Ángeles.

Durante las semanas siguientes Maria compró el *Daily Variety* y *The Hollywood Reporter* y los revisó cuidadosamente en busca de la menor mención a Carter. Por lo visto después de Cannes había ido a Londres y luego otra vez a París, donde apareció en televisión debatiendo sobre el concepto de *auteur*.

—Carter se queda otra semana en París, supongo que ya lo sabes —dijo Helene al teléfono.

—El *auteur* de gira —dijo Maria.

Helene hizo una brevísima pausa.

—BZ los llamó anoche, por lo visto ella tiene que quedarse para hablar de una

película.

—Supongo que estará contento con lo de Cannes.

—No dijo gran cosa, pero ella...

—Si crees que me estás descubriendo algo, Helene, no te enteras de nada.

Helene soltó unas risitas.

—Quién no se entera de nada.

Esa tarde Maria sufrió un pequeño accidente con el Corvette, recibió una llamada del banco sobre una cuenta en números rojos y descubrió en la farmacia que el médico ya no le renovaba las recetas de barbitúricos. En cierto modo fue un alivio.

Maria estaba plantada bajo el sol de la calle Western y esperó a que el joven agente de la oficina de Freddy Chaikin diera marcha atrás con su Volkswagen frente al Edificio de los Guionistas y parara donde se encontraba ella. Hacía calor y nadie había dado el nombre de Maria en la puerta y tenía una mancha en la falda y estaba enojada por los problemas a la entrada y porque Freddy Chaikin no había acudido en persona. Le había concertado una cita con un director que la quería para una película de motoristas y lo mínimo que podría haber hecho era presentarse. Ella ni siquiera sabía si quería hacer otra película de motoristas.

—Pues parece que no lo hemos pillado —dijo el joven agente.

No apagó el motor.

—¿Qué quieres decir con que no lo hemos pillado?

—Me refiero a que supongo que ya habrá salido a almorzar. —El agente miró con gesto incómodo más allá de Maria—. En realidad no era un doscientos por cien seguro, le dijo a Freddy que quizá estuviera comprometido con la chica que están probando como protagonista.

Maria se echó el pelo hacia atrás y vio cómo el agente evitaba su mirada.

—Qué querían de mí exactamente —preguntó al fin.

—La maestra de instituto, seguro que Freddy te lo dijo. Has leído el guión, ese es el gran papel, para la protagonista sirve cualquier cría insulsa. Quiero decir, la maestra, ella... ella sostiene la película.

—La maestra —dijo Maria—. ¿Quién interpreta a la Mamá Ángel?

—Su novia.

—Tengo que irme —dijo Maria, y sin esperar a que el joven hablara dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Una vez en el coche condujo y condujo hasta llegar a Romaine y luego paró, apoyó la cabeza en el volante y lloró como no había llorado desde niña, lloró a lágrima viva. Lloró porque se sentía humillada y lloró por su madre y lloró por Kate y lloró porque algo se le había revelado allí, al sol de la calle Western: no había contado a propósito los meses pero debía de haberlos contado sin ser consciente, debía de haber llevado la cuenta incesante en alguna parte, porque hoy era el día, el día en que habría nacido el bebé.

—Quiero decirte ahora mismo que no voy a volver a hacer nada nunca más —le había dicho Ivan Costello al comienzo—. Si quieres vivir así, vale. No habrá dinero y no habrá desayunos juntos y no habrá boda y no habrá bebés que sumen tres. Y si ganas dinero, me lo gastaré.

Ella había dicho que quería vivir así.

—¿Y si lo hiciera? —había preguntado ella mucho tiempo después.

—Hacer qué.

—Quedarme preñada. Entonces al menos tendría un bebé.

—No, no lo tendrías —había dicho él.

—Quizá la próxima vez —dijo el hipnotizador—. La semana que viene.

—La semana que viene no vendré. —Maria no le miró—. No puedo venir más.

El hipnotizador la observó mientras ella abría el bolso, sacaba las llaves del coche, se le caían bajo un cojín del sofá y las buscaba a tientas. En la sala hacía demasiado calor pero el hombre llevaba dos suéteres descoloridos y estaba frente a la rejilla de la calefacción.

—No demuestra nada —dijo él.

—El qué.

—Que no consiga abrir suficientes puertas para regresar. Su fracaso. No demuestra nada.

—Tengo que irme.

Él se encogió de hombros. Mientras ella se incorporaba el hombre vertió agua en un tarro de queso bañado en Pernod, removió la mezcla hasta formar un fluido lechoso.

—Algunas personas se resisten —dijo él—. Algunos no quieren saber.

Maria condujo hasta el salón de baile New Havana en Sunset y, temblando, llamó por teléfono.

—Necesito ayuda —dijo—. Ivan, necesito ayuda en serio.

—Quién es tu amigo —dijo Ivan Costello—. Quién te quiere.

Eran las cinco en Los Ángeles y las ocho en Nueva York y estaba borracho. Maria no debería haberlo llamado. Ni siquiera le gustaba. Maria no conseguía darle la respuesta que él esperaba, no podía retomar la vieja letanía, no podía contestar «tú».

—No lo sé —dijo ella.

—Qué te pasa.

—Solo quería hablar contigo.

—Solo querías... —Hizo una pausa, y Maria supo que se iba a revolver contra ella—. Hablar conmigo.

Ella no dijo nada. El bar del New Havana estaba vacío y olía a desinfectante y el camarero la miraba con recelo.

—¿Te refieres a que quieres hablar conmigo directamente, no quieres que concierte una cita? ¿Que pase por tu agente?

—Está bien. Lo pillo.

—¿Te sientes lo bastante bien para hablar conmigo? ¿No estás enferma? ¿No estás durmiendo? ¿No estás fuera de la ciudad? ¿No estás ilocalizable, joder?

—Ivan...

—Ivan y una mierda.

—Muy bien —dijo ella—. Vale.

—¿Quieres saber lo que pienso de tu vida?

—No —dijo ella, pero ya se lo estaba escupiendo por el teléfono.

Por la mañana él le dejó cuatro mensajes en el contestador y Maria no devolvió ninguno. Llamó a Larry Kulik.



Maria se sentó en un sofá del servicio de mujeres del Flamingo con la encargada y una cubana que estaba matando el rato entre su cita de las diez y la de medianoche y supo que no podía regresar a las mesas de juego.

—Igualito que un cementerio —dijo la cubana.

La encargada se encogió de hombros.

—Todos los sitios son iguales.

—El Sands no, esta noche casi no se podía andar.

—Pues trabaja en el Sands.

—Putita *negrita* —dijo la cubana sin rencor, y evaluó a Maria con la mirada—. ¿Estás enferma? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —dijo Maria—. Gracias.

No podía regresar a las mesas de juego porque Benny Austin estaba allí. En cierto modo había esperado no volver a verlo nunca: en su mente siempre estaba en la camioneta de su padre o de pie con su madre y su padre en la pista del McCarran agitando la mano a la ventanilla equivocada. Había algo erróneo en encontrarse a Benny Austin en el Flamingo. «¿Maria? —la había llamado él al verla—. ¿Maria? ¿Eres tú?». Era más bajo de lo que ella recordaba, más bajo y más frágil, casi calvo, un hombre fracasado con un lazo vaquero al cuello. «Dios, eres la viva estampa de Francine —repetía—. Dios, pero si eres su hija...». Le había preguntado si estaba casada. Luego se había encogido de hombros y le había dicho que el camino del amor verdadero nunca formaba una escalera de color. Había pedido cubalibres para los dos y había rememorado «cómo era» y al final Maria había huido. Tal vez él siguiera allí, tratando de subir una apuesta por ella con las fichas que le había dejado, así era Benny, jugaría con las fichas de ella hasta que se acabaran y luego jugaría con las suyas por ella, esperando, aguantando el cubalibre hasta que se derritiera el hielo. Benny esperaría toda la noche. Benny le apostaría cinco a uno a cualquiera del Flamingo a que la hija de Harry y Francine Wyeth no lo dejaría plantado, y cinco a uno era lo máximo que apostaría a que saldría el sol.

Cuando Maria oyó que la llamaban por megafonía le pidió una cerilla a la cubana y no dejó traslucir que era Maria Wyeth. Podría ser Benny pero no era propio de él llamar a nadie por megafonía, era más probable que se tratara de Larry Kulik. Maria se fumó un cigarrillo e intentó no pensar en Benny oyendo su nombre y mirando alrededor, ajustándose el lazo y aguantando las apuestas, preguntándose quién llamaría a la chica de Harry y Francine, esperando a que volviera y le presentara a su novio, para celebrar la ocasión. Después de acabarse el cigarrillo Maria cogió un ascensor trasero hasta la *suite* de Larry Kulik.

—Dile que suba —dijo Larry Kulik, pasándole una copa a Maria mientras esta esperaba a que la operadora llamara a Benny Austin por megafonía. En la habitación contigua había varios amigos de Larry Kulik de los que se hacían la manicura y un par de chicas, una de ellas la cubana que había visto en el servicio de señoras. La cubana no había dado muestras de reconocerla—. Esos tíos me interesan, te sorprendería.

—No me sorprende en absoluto. Dile a esa latina que baje la música.

Esperó.

—¿Benny? —Alzó la voz por encima del repiqueteo de las máquinas tragaperras de abajo—. Benny, no me encontraba bien y...

—Por Dios, Maria, por qué no has dicho nada, tengo un buen amigo que trabaja de médico en el Mint.

—Solo necesito descansar. ¿Benny? ¿Me oyes? La próxima vez que estés en Los Ángeles ven a verme, ¿vale? ¿Me lo prometes?

—Claro, tesoro, genial. Me encantaría.

Maria sintió una oleada de vergüenza. Benny Austin nunca venía a Los Ángeles.

—Oye —dijo de pronto—. ¿Te acuerdas de la última vez que me viste? ¿Te acuerdas? ¿Que mamá, papá y tú me acompañasteis al avión? ¿Y que antes nos comimos unas costillas en casa? ¿Te acuerdas?

—Claro, tesoro, cómo no. La próxima vez nos correremos una buena juerga.

Durante un buen rato Maria se quedó tumbada en la cama mirando un óleo grande de un arlequín. En cierto modo el día que comieron costillas y fueron en coche a McCarran había dejado de existir, nunca había sucedido: ella era la única que todavía lo recordaba. Maria siguió ese hilo de pensamiento hasta el final, no muy distante, y luego se levantó y abrió la puerta. Un cómico de segunda había llegado con parte de su séquito, y también una chica a la que Maria había visto bebiendo en la sala.

—Un nuevo talento —dijo el cómico, mirando a Maria.

—Esa no tiene talento —dijo Larry Kulik.

Al amanecer Maria despertó a Larry Kulik y le dijo que se iba en el avión de las siete.

—Quédate —dijo él—. ¿Qué pasa contigo, hay que pagarte por tu tiempo o qué? Anoche la cagué contigo. Y qué.

—No es eso.

—Como quieras —dijo Larry Kulik.

En una fiesta en mayo se marchó no con el coreógrafo que la había llevado sino con un actor al que no conocía. Habían bailado y compartido un porro en el jardín y él le propuso marcharse y subir a su casa. Allí le esperaban unos amigos. Maria llevaba el vestido de vinilo plateado que se había comprado para animarse y el pelo suelto y los pies descalzos y mientras cruzaba el cañón en el Ferrari del actor se sintió bien por primera vez en mucho tiempo. El actor tenía una cinta en el coche en la que sonaba «Midnight Hour» una y otra vez y cuando llegaron a su casa la presentó a las ocho o diez personas del salón como Myra. «Os presento a Myra —dijo—. Acabo de encontrármela». Por el salón rulaban cuatro o cinco porros y Maria se fumó uno y luego fue a por una Coca-Cola. En la cocina bailó sola y se sintió un poco mareada pero bien. Le gustaba que él no la conociera. Él no le gustaba mucho pero le gustaba que no la conociera.

—Follemos —dijo el actor desde el umbral.

—¿Aquí mismo?

—Aquí no, en la cama. —Parecía enfadado.

Ella negó con la cabeza.

—Pues entonces hazlo aquí —dijo él—. Con la botella de Coca-Cola.

Cuando por fin lo hicieron estaban en la cama y justo antes de correrse el actor sacó de debajo de la almohada una ampolla de nitrito de amilo y la partió bajo la nariz, aspiró rápido y cerró los ojos.

—No te muevas —dijo él—. Que no te muevas.

Maria no se movió.

—Brutal —dijo él entonces. Con los ojos aún cerrados.

Maria no dijo nada.

—Despiértame dentro de tres horas —dijo él—. Con la lengua.

En cuanto se durmió ella se vistió muy silenciosamente y salió de la casa. Llegó al camino de entrada antes de recordar que no tenía coche. Las llaves del Ferrari estaban puestas y lo cogió, dudó al salir a la carretera principal del cañón, giró no hacia Beverly Hills sino hacia el valle, y hacia la autopista. Amanecía cuando llegó a Las Vegas y, como se detuvo a comprar cigarrillos, dieron las ocho antes de llegar a Tonopah. No tenía claro qué pretendía hacer en Tonopah. Algo relacionado con visitar las tumbas de su madre y de su padre, pero sus padres no estaban enterrados en Tonopah. Estaban enterrados en Silver Wells, o lo que había sido Silver Wells. En cualquier caso al salir de Tonopah la pararon por exceso de velocidad y cuando el agente vio el vestido plateado y los pies descalzos y el Ferrari registrado a nombre de otro, comprobó con California si habían denunciado el robo del coche, y así era.

Le permitieron hacer una llamada, y llamó a Freddy Chaikin. A Freddy no le resultó tan fácil arreglarlo como debería haber sido, porque al aspirar el coche encontraron marihuana, pero aun así al atardecer Maria sobrevolaba el desierto con Freddy a bordo de un Lear que le había prestado un cliente. Freddy se había ocupado de todo. Freddy se había presentado en el rancho de Malibú donde el actor estaba rodando un western y le había indicado a quién telefonar para retirar la denuncia. Freddy había esperado mientras el actor lo hacía. Freddy se había puesto en contacto con uno de los grandes demócratas de la sociedad de préstamos y ahorros, que se puso en contacto con alguien de Nevada y la marihuana desapareció del informe. Y ahora, mientras el avión ganaba altitud, Freddy le pasaba una copa a Maria. Ella todavía llevaba el vestido plateado y aún iba descalza y con chorretones en la cara y al probar la bebida se le vino todo encima, las pastillas y el no comer y el alcohol y el miedo y cómo se había sentido con el actor y cómo se había sentido cuando la gobernanta le había metido el dedo en busca de drogas, todo ello salió en forma de reguero de mocos al suelo del Lear que Freddy había pedido prestado para aquel largo día esforzándose en proteger a Carter. Freddy miró cómo ella lo limpiaba.

—No entiendo a las chicas como tú —dijo al fin.

Ella se apretó una toalla contra la boca pero la arcada pasó.

—Me refiero a que en tu comportamiento, Maria, hay algo que casi me atrevería a calificar de... —Freddy se interrumpió, y encendió un pitillo con su mechero Cartier de oro. Cuando volvió a hablar midió cada palabra—. Casi me atrevería a calificar de estructura propia de una personalidad muy autodestructiva.

Maria cerró los ojos.

—¿Sabes qué, Freddy?

—Qué.

—Casi me atrevería a calificarte de...

Freddy Chaikin cerró el mechero de oro y sonrió a Maria.

Maria le cogió la mano y se durmió.

Dos docenas de rosas llegaron de parte del actor, o, mejor dicho, de su mánager. Maria sabía que las había enviado el mánager porque su nombre figuraba en el albarán de entrega.

—Hey, nena —había dicho el actor al telefonarla—. No hacía falta que me lanzaras la artillería a domicilio.

—No sé de qué me hablas.

—Te hablo de Freddy Chaikin, presentándose a las diez de la mañana para soltarme que nunca más volveré a trabajar con ninguno de sus clientes. Estaba rodando...

—Y yo en la cárcel.

—Para el carro, zorra —dijo el actor, alzando la voz—. No me dijiste quién eras.

—Tengo entendido que has tenido una mañana de después bastante barroca —dijo Helene.

Ahora Helene la visitaba constantemente. A veces Maria fingía no estar en casa pero hoy Helene había entrado sin llamar y había subido directamente. Se sentó en el borde de la cama y sacó un pitillo.

—¿Y cómo te has enterado? —preguntó al fin Maria. Se había duchado tantas veces en las últimas horas que notaba la piel húmeda entre las sábanas, pero el olor del cigarrillo y el perfume de Helene consiguieron que volviera a sentirse sucia—. Me refiero a qué has oído exactamente.

—Solo eso. Carter llamó desde Nueva York y se lo contó a BZ.

—Yo no he hablado con Carter.

—Freddy sí, naturalmente. —Helene cogió el pintalabios de Maria y comprobó el efecto del color en el dorso de la muñeca—. Quiero decir que Freddy está preocupadísimo por ti, Carter está preocupadísimo por ti, BZ y yo estamos...

—Estoy bien.

—Por supuesto. Estás de fábula. Por ejemplo, no tiene nada de raro estar tiritando escondida bajo las mantas a las tres de la tarde. No tiene nada de raro marcharse de una fiesta con Johnny Waters y acabar en un calabozo de Nevada a las ocho de la mañana siguiente. Todo correcto.

—Me duele la cabeza. Estoy en cama porque me duele la cabeza.

—Te traeré un Darvon.

Maria se subió la sábana hasta la barbilla.

—Solo intento ayudarte, Maria.

—Estoy bien. —Maria se sentó y tocó a Helene en el brazo—. De verdad, Helene. Te lo prometo.

—Muy bien, da lo mismo, pues me voy. —Helene se levantó y alisó el lugar de la

cama donde se había sentado y luego se quedó mirándose un buen rato en el espejo de la puerta del vestidor—. ¿Qué tal folla Johnny Waters? —preguntó al fin.

Durante la semana siguiente Freddy Chaikin realizó una serie de llamadas telefónicas a varios productores de televisión pidiendo «como un favor personal a Carter» que considerasen contratar a Maria para algún papel, incluso para trabajos de un día. «Cualquier cosa para que deje de pensar en sí misma —les decía Freddy—. Estamos ante una situación que apunta ligeramente a suicidio». Maria supo de esas llamadas porque se lo contó Helene.

—Hoy he visto una foto tuya —dijo Helene.

—Dónde.

Cada vez que bajaba, Helene parecía estar allí.

—¿Sabes la agencia de colocación de Beverly? ¿Donde contrataste a la guatemalteca que te robó el diafragma?

—No.

Maria no quería pensar en la guatemalteca que le había robado el diafragma.

—Sí que lo sabes. ¿Que tienen un montón de fotos de estudio en la pared? ¿De clientes satisfechos? En fin, ahora tienen una foto tuya, firmada: «Buena suerte, Maria Wyeth».

—Bueno —dijo Maria—. Hoy no te hacía otra vez en la ciudad.

Helene la miró y soltó unas risillas.

—Me ha enviado BZ —dijo al final—. Quiere que te convenza para que pases unas semanas en la playa.

Maria no dijo nada.

—En esa foto aparentas bastantes años menos, la verdad. —Helene volvió a reírse—. «Buena suerte, Maria Wyeth».

«Querida Maria —rezaba la nota—. No sé bien cuándo iré a Los Ángeles pero quería pasarte un teléfono al que puedas llamar si vuelves por Nevada o necesitas ayuda. Tengo algunas cosas de tu padre que me gustaría darte y también, como eres una hija para mí, esperemos que un día, no muy pronto, recibirás una pequeña sorpresa de por aquí. Tengo todos los papeles de tu padre además de los certificados de minas, ahora inactivas, pero quién sabe, una vez conocí a un hombre que creía que sus derechos no valían nada y estaba sentado encima de una pechblenda tan cargada de uranio que los contadores se volvieron locos. Llámame al número de abajo y pregunta por Benny, es el teléfono de la vecina, que a veces también cocina para mí. Aunque no como tu madre. Ja, ja. Tu amigo, Benny C. Austin».

Maria estaba escuchando a alguien hablar y de vez en cuando se oía dando lo que consideraba una respuesta apropiada pero sobre todo se limitaba a balancearse ligeramente con la música y se preguntaba dónde estaría su bebida cuando de repente Felicia Goodwin la agarró del brazo.

—Nos vamos, Maria. Te acercamos en coche.

—Tengo mi coche, gracias, estoy bien.

—¿Les? —Felicia habló por encima del hombro de Maria—. Te necesito.

Maria cogió la bebida de alguien y sonrió a Les por detrás de Felicia.

—Escena multitudinaria —dijo—. Se destacan los primeros actores.

—Te vienes con Felicia y conmigo, Maria. Mañana pasaré a por tu coche.

Maria dejó el vaso y se quedó mirando a Les.

—No he venido con vosotros —dijo entonces muy claramente—. A Dios gracias.

Después rompió a llorar y Helene la sujetó del brazo mientras BZ iba a por su abrigo.

—Pensé que merecía una mención —susurró Felicia Goodwin.

—Déjalo —dijo Helene.

Agradecida, Maria apoyó la cabeza en el hombro de Helene y se dejó conducir afuera. En el coche vomitó en el regazo de Helene y le dijo a BZ que era un degenerado.

Cuando se despertó antes del amanecer en el dormitorio de Helene vio que alguien la había desnudado y bañado y puesto crema por el cuerpo. Al principio creyó que estaba sola en la habitación pero luego vio a BZ y Helene, repantigados juntos en una chaise longue. Tenía solo un vago y feo recuerdo de lo que había juntado a BZ y Helene, y para quitárselo de la cabeza concentró la imaginación en una aguja inyectándole gota a gota pentotal sódico en el brazo y empezó a contar atrás desde cien. Cuando eso falló se imaginó conduciendo, ideando audaces cambios de carril, estratégicos cambios de marcha, por la carretera de Hollywood a San Bernardino y todo recto, más allá de Barstow, más allá de Baker, directa al centro hueco, duro y blanco del mundo. Se durmió y no soñó.

—Supongo que anoche bebí demasiado —dijo cautelosamente Maria.

—No hables de eso. —Helene estaba mirando por la ventana de la cocina, con una taza de café entre las manos como para calentarse. Tenía los ojos hinchados y un moratón en el pómulo izquierdo y la voz floja y remota—. No quiero hablar de eso. El viento me hace sentirme mal.

—Es solo que no recuerdo cómo llegué aquí. —Maria vio una imagen fugaz de BZ sosteniendo un cinturón y Helene riendo e intentó no mirar el moretón de la cara de Helene—. Nada más.

Empezaron a rodar lágrimas por el rostro de Helene.

—No hables de eso. Y tampoco digas que no te acuerdas.

—Yo no...

Maria se interrumpió. BZ estaba en el umbral.

—He ido a recoger tu coche. —BZ tiró las llaves a la mesa y miró a Maria y después a Helene—. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó en voz baja—. ¿Una pequeña resaca terrorífica? ¿Alguien se lo está repensando? ¿Para tanto ha sido?

Helene no dijo nada.

—No lo soporto, Helene. —BZ llevaba gafas tintadas y por primera vez Maria se fijó en las bolsas que tenía bajo los ojos—. Si no puedes con las mañanas abandona el juego. Llevas en esto suficiente tiempo, ya sabes cómo va, o juegas o pagas.

—Por qué no vas a contárselo a Carlotta —susurró Helene.

Maria cerró los ojos en el instante en que la mano de BZ golpeó la cara de Helene.

—Basta —gritó.

BZ miró a Maria y se echó a reír.

—Ayer no hablabas así —dijo.



Desde una cabina de la autopista a las afueras de Las Vegas llamó al número que le había dado Benny Austin. El número estaba fuera de servicio.

—¿Ha venido sola? —preguntó el botones del Sands, demorándose un poco tras recibir la propina.

—He quedado con mi marido.

—¿De verdad? ¿Hoy? ¿Mañana?

Ella lo miró.

—Vete —dijo.

La habitación estaba pintada de púrpura, con hilos de lúrex púrpura en las cortinas y la colcha. Como su madre le había dicho una vez que las habitaciones de color púrpura podían enloquecer sin remedio a la gente pensó en pedir otra habitación, pero el chico la había puesto nerviosa. No quería provocar nuevas valoraciones pidiendo algo a alguien. Para oír una voz ajena buscó en el listín y marcó varios números de emergencias, luego se tomó tres aspirinas e intentó no pensar en BZ y Helene.

Por la mañana fue a la oficina de correos. Al ser sábado los largos pasillos estaban desiertos y todas las ventanillas enrejadas cerradas menos una. Sus sandalias repiqueteaban en el mármol y resonaban al caminar.

—¿Podría meter esto en la caja 674? —le pidió al empleado de la ventanilla abierta.

El 674 era el número que constaba en el sobre de la carta de Benny Austin.

—No.

—Por qué no.

—Tiene que estar sellada. Tiene que haber pasado por el servicio de correos estadounidense.

De mala gana el empleado examinó los seis centavos en monedas que le dio Maria, luego le pasó un sello por debajo de la reja y miró cómo sellaba la carta.

—¿Ahora puede meterla en la 674?

—No —repitió él, y arrojó la carta a un saco de lona.

Maria buscó un banco cerca de la caja 674 y se sentó. A mediodía la última ventanilla cerró. Maria bebió agua de la fuente, fumó cigarrillos, leyó los carteles del FBI. Por algún lugar del país deambulaban Mujeres Negras Armadas con Lejía, Hombres Caucásicos que fingían ser Representantes de Mobiliario Infantil, Empleados de Cadenas de Radio que huían de Texas con esposas e hijos y dinero desfalcado, y Timadores que Cobraban y No Enviaban Nunca el Producto, un incipiente ejército en marcha. Maria cruzó la calle hasta un restaurante con vistas a la oficina de correos e intentó comerse un sándwich de queso caliente.

Al tercer día una mujer abrió la caja 674. Vestía un mugriento uniforme blanco y tenía una cara dura y triste y Maria no quería hablar con ella.

—Disculpe —dijo al fin—. Estoy intentando ponerme en contacto con Benny Austin...

—Qué es esto. —La mujer sostenía la carta de Maria y su mirada volaba de la carta a Maria.

—De hecho la he enviado yo...

—Y quieres que te la devuelva.

—No. Para nada. Quiero que se la dé a Benny Austin y le diga...

—No conozco a ningún Benny Austin. Y me resulta bastante curioso que esta carta dirigida a un tal Benny acabe en mi caja y justo aparezcas pavoneándote y dejando caer el mismo nombre, o estás mangoneando en mi caja, un delito federal, o estás intentando alguna otra treta y créeme que te has equivocado de parte a parte.

Maria retrocedió. La mujer, con la cara blanca y desencajada, la seguía alzando la voz.

—Eres la madre de acogida de Luanne, eso es, y andas fisgoneando por Las Vegas porque te has enterado de la compensación por accidente, pues olvídate. Ya te puedes olvidar.

—Tú qué crees —oyó decir a uno de los hombres.

Maria intentaba comerse un rollito de huevo en el Sands y los dos hombres y la chica llevaban observándola desde que se había sentado.

—De qué —preguntó la chica.

—De esa.

La chica se encogió de hombros.

—Tal vez.

El otro hombre dijo algo que Maria no oyó y cuando volvió a levantar la vista la chica seguía observándola.

—Treinta y seis —dijo la chica—. Pero bien llevados.

Durante el resto de su estancia en Las Vegas Maria llevó gafas de sol. No decidió quedarse en Las Vegas: simplemente no consiguió marcharse. No habló con nadie. No jugó. Ni nadó ni tomó el sol. Estaba allí por algún asunto pero no terminaba de identificar cuál. Todo el día, la mayor parte de la noche, paseaba y conducía. Dos o tres veces al día entraba y salía de todos los hoteles del Strip y varios del centro. Empezó a ansiar el impacto físico de entrar y salir de los sitios, el contraste térmico, el viento caliente soplando fuera, el denso y gélido aire del interior. No pensaba en nada. Su mente era una cinta virgen, grabada a diario con retazos de frases cazadas al vuelo, fragmentos de la cantinela de los crupiers, principios de chistes y versos sueltos de letras de canciones. Cuando por fin se acostaba por la noche en la habitación púrpura ponía la cinta del día, una chica cantando a un micrófono y un gordo tirando un vaso, naipes desplegados sobre la mesa y un rastrillo de crupier en primer plano y una mujer con pantalones de vestir llorando y los opacos ojos azules del vigilante de alguna mesa de bacarrá. Un crío a la cruda luz de un cruce del Strip. Un cartel en la calle Freemont. Una luz parpadeando. En la duermevela el punto iba a diez, el jackpot estaba en dieciocho, «the only man that could ever reach her was the son of a preacher man», alguien iba sesenta por debajo, alguien se pasaba, papi quiere un *popper* y ella «rode a painted pony let the spinning wheel spin».

Al terminar la semana estaba pensando constantemente en dónde acababa su cuerpo y empezaba el aire, en el punto exacto del tiempo y el espacio que constituía la diferencia entre «Maria» y «el otro». Tenía la sensación de que si su mente lograba captarlo y lo retenía aunque fuera un microsegundo obtendría lo que había ido a buscar. Como si tuviera fiebre, la piel le quemaba y se le cuarteaba con extrema sensibilidad. Notaba el humo contra la piel. Notaba las ondas de las voces. Estaba empezando a notar el color, las intensidades lumínicas, e imaginaba que podrían

taparle los ojos frente a los carteles del Thunderbird y el Flamingo y sabría distinguirlos. «Maria», oyó susurrar a alguien una noche, pero cuando se giró no había nadie.

Empezó a notar la presión de la presa Hoover, allí en el desierto, empezó a notar la presión y la atracción del agua. Cuando la presión se intensificó fue en coche a la presa. Todo ese día notó un poder creciente recorriéndola por dentro. Todo el día sintió vértigo, sumergida en un mundo donde convergían grandes redes de alta tensión, vibrantes cables terminaban zambulléndose en el cañón por debajo del dique, ascensores como ataúdes se hundían en las mismísimas entrañas de la tierra. Con un guía y un puñado de niños Maria recorrió las cámaras, contempló las turbinas de la vasta galería reluciente, el agua calma y honda con las tomas ocultas aspirando sin parar, ni siquiera mientras las miraba; agarrada a la baranda, Maria se asomó por fin desde una plataforma a la tubería que canalizaba el río por debajo del dique. La plataforma vibraba. Le rugían los oídos. Quería quedarse en el dique, tumbarse sobre la gran tubería, pero le dio apuro pedirlo.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —preguntó Freddy Chaikin cuando se la encontró en el Caesar's—. ¿Piensas quedarte todo el año? ¿O qué?

—Dos semanas, Freddy. No llevo ni dos semanas.

—Hostia, dos semanas en Las Vegas.

—Me gusta que se hable bien.

—He venido al estreno de Lenny, ¿me acompañas?

Ella intentó recordar quién era Lenny.

—La verdad, no me veo con mucha gente.

—Eso no es sano, ya estás bastante mal. Hazme un favor y pásate después. Por la *suite* de Lenny. Habrá mucha gente que conoces.

—Ya veremos.

—Maria. Como un favor personal. Me debes una, ¿vale? Habitación 1202, en el edificio nuevo.

—¿Podría indicarme cómo llegar a la 1202? —le pidió al hombre de la recepción del hotel.

Cuando había telefonado desde el vestíbulo había tanto ruido que no entendió las explicaciones de Freddy.

Esperó. El recepcionista no levantó la vista.

—Busco la 1202.

Él apenas levantó la mirada.

—No —dijo.

—No lo entiende. No sé cómo llegar al edificio nuevo.

—Claro que lo entiendo, guapa. Lo entiendo perfectamente. Nanai. Si quieren que subas te explican cómo llegar. A trabajar a otro lado.

Cuando regresó al Sands estuvo mirándose un buen rato en el espejo, luego llamó al servicio de habitaciones y pidió un *bourbon* doble. Al llegar el chico se la quedó mirando.

—Es muy temprano —dijo el chico.

Ella vertió unas gotas de *bourbon* por encima del hielo y observó cómo se empañaba el vaso. Le pareció que toda la semana la conducía precisamente a aquel instante.

—No conozco a nadie —se oyó decir.

—Está lleno de tíos.

—No conozco a ninguno.

—Podría presentarte a alguno.

Lo miró.

—Muy bien —dijo Maria—. Dentro de una hora.

Cuando el chico se fue esperó cinco minutos y luego salió al pasillo y al aparcamiento abrasador y al cabo de una hora se había adentrado en el desierto, conduciendo a ciento treinta hacia el oeste. Por la mañana temprano llamó a Freddy Chaikin desde Los Ángeles y le pidió que pagara la factura y que recogiera su ropa.

—Qué ha pasado.

Maria no respondió.

—Prefiero no saberlo —dijo Freddy Chaikin.

—No te olvides de las gafas de sol —dijo Maria.

—¿Cuánto pesas? ¿Unos treinta y siete kilos?

Maria abrió los ojos. La voz era de Carter pero por un instante, a la luz cegadora de la tarde en la terraza, no distinguió sus facciones.

—No sabía que estarías hoy aquí —dijo al final Maria.

—Helene me ha dicho que venías.

—Helene es como un Registro de Famosos.

—Tranquila. Quiero hablar contigo. —Carter se volvió a mirar hacia la casa. BZ hablaba por teléfono en el salón—. Bajemos a la playa.

—Podemos hablar aquí.

—Como quieras, hablemos aquí. —Apartó las sandalias de ella de una patada y se sentó—. Hace dos semanas que intento hablar contigo.

—Lo sé.

—Basta de juegos, Maria, ¿vale? He venido hasta aquí, he dejado una reunión a medias, una reunión con Carl Kastner solo para...

Ella le cogió la mano y le tapó la boca. La había conmovido absurdamente el detalle de Carl Kastner: Carter seguía siendo Carter.

—No quería verte porque no me encontraba bien. Nada más. Cuéntame.

Carter sacó un pitillo, arrugó el paquete, luego lo alisó y volvió a meter el cigarrillo.

—Dentro de diez días comienzo la nueva película en el desierto —dijo al fin Carter—. Ya lo sabes. —No la miraba—. En fin, quiero decir...

—Quieres decir —lo animó ella tras una pausa.

La miró.

—Quiero que me acompañes.

Maria no dijo nada.

—Podríamos hacerlo.

—Por qué habríamos de hacerlo.

Carter pareció incómodo.

—Podría ser mejor.

—Quieres decir que no crees que pueda cuidar de mí misma.

—No. —Carter se levantó—. No lo creo. No creo que puedas cuidar de ti misma. Me han llegado rumores, cosas...

—Qué cosas.

—Sabes jodidamente bien qué cosas.

Se inclinó sobre Maria con la mano en alto. Había estado a punto de pegarle.

—Adelante —dijo ella—. No puedes hacerme daño.

—Un día fantástico —dijo una voz clara, y Carter dejó caer el brazo. Una chica de larga melena enmarañada y camisón corto se plantó en el vano de la puerta bostezando y sacudiéndose el pelo—. ¿Crees que hay café? —La chica se examinó lo

que parecía un mordisco en el brazo y salió al sol—. Mataría por un poco de café.

—No lo sé —dijo Maria.

—¿BZ, cariño? —llamó la chica—. ¿Hay café hecho?

—No —respondió BZ desde dentro—. No hay café. No hay nada de café.

—Seguro que hay instantáneo, cariño —dijo ella arrastrando las palabras. Sonrió a Carter desde la puerta—. Soy Jeanelle.

—Quién coño era esa —preguntó Carter al rato.

Maria permaneció sentada, arrebujada con una toalla.

—Supongo que Jeanelle.

—¿Con quién está?

—A mí qué me cuentas.

Carter la miró.

—Para —dijo al fin—. Deja de llorar. Escucha, nena. Basta.

—No sé qué hacer.

—Vas a venirte al desierto conmigo.

—Solo por saberlo, ¿vas a seguir tirándote a Susannah Wood allí?

Carter la levantó y la besó. Ella se quedó inmóvil y al poco él dejó caer los brazos.

—Y ahora qué pasa —dijo Carter.

—Nada.

—Ya no queda nada entre tú y yo —dijo él—. Había algo, pero ya no queda nada.

—Escucha —dijo ella como si recitara de memoria—. Te quiero.

—¿Sabéis qué me gustaría que fuera esta noche? —estaba diciendo la chica del camisón cuando Maria entró a las cuatro—. Me gustaría que fuera Nochevieja. A la mayoría de la gente le agobia la Nochevieja pero a mí me encanta.

Helene estaba tumbada en un sofá mirando al techo.

—Seguro —dijo.

—Helene —dijo BZ—. Maria se viene al desierto con nosotros, ¿no te parece interesante? —BZ sonrió a Maria—. He dicho que Maria se viene al desierto, Helene.

—Ya te he oído.

—También adoro la Navidad —dijo la chica.

—Jeanelle —dijo BZ—, si quieres coca queda algo en el dormitorio. Farlopa.

—Te la estabas reservando —dijo Jeanelle.

BZ la vio marcharse y luego se volvió hacia Helene.

—Sácala de aquí.

Helene lo miró fijamente.

—Empezaste tú —susurró.

—Me dijiste que vendrías —dijo Carter.

—Para qué.

—Quiero que vengas conmigo.

—Ya no queda nada, tú mismo lo dijiste.

—Muy bien —dijo Carter—. Quédate aquí y mátate. Algo tan interesante como eso.

Carter y BZ y Helene partieron hacia el desierto. Maria encontró un médico dispuesto a recetarle otra vez barbitúricos, y por las noches conducía.

—Quién es —susurró al ver el puro encendido en el salón a oscuras. Acababa de entrar en casa y de cerrar tras ella la puerta en la que ahora se apoyó—. He preguntado quién es.

El puro se movió. Ella cerró los ojos.

—Tú quién crees que puede ser —dijo Ivan Costello—. Tal vez si comprobaras el contestador de vez en cuando sabrías cuándo estoy en la ciudad.

—Qué estás haciendo en mi casa.

—Ven aquí.

Maria encendió la luz.

—He dicho que vengas.

—No. —Vio que estaba borracho—. Me voy.

—Tú no vas a ninguna parte. No me digas que no.

—No.

—Muy bien. Pelea. De todos modos así te gustará más.

—A qué has venido —preguntó ella a las tres o cuatro de la mañana.

—A esto.

—A qué has venido —repitió.

—No he venido a hacerte daño, si es lo que insinúas.

Ella no dijo nada.

—Hostias —dijo él—. Nena. Solo he venido a hacerte recordar.

—No puedo recordar.

—Pues durante las últimas tres horas te has acordado de todo.

Ella se abrazó los hombros desnudos.

—No era yo.

—Pues antes lo eras, nena.

—Vete —dijo, y esta vez él se marchó.



Por la mañana regresó. Ella contestó a la puerta y volvió al sofá donde había pasado el resto de la noche.

—No tienes que venirte abajo por esto —dijo él—. Antes me decías que harías cualquier cosa por mí hasta la muerte. Antes me decías...

—Antes te decía un montón de cosas. —Todavía olía el humo del puro en el abrigo de él—. Déjame en paz.

—Te dejo en paz —dijo él al final—. A ver si te gusta.

Maria se tumbó en el sofá, con la vista clavada en un cuenco de rosas muertas, hasta las cuatro de la tarde. A las cuatro llamó a Les Goodwin.

—Va a pasarme algo malo —dijo ella.

—A todos va a pasarnos algo malo.

Podía oír una máquina de escribir de fondo.

—Lo digo en serio. Llévame a algún sitio.

—¿Tienes un mapa de Perú?

Ella no dijo nada.

—Es gracioso, Maria. Es una cita de *La senda tenebrosa*.

—Lo sé.

—Me he discutido con Felicia en el almuerzo, tengo que entregar unos cambios mañana por la mañana. Te cuento algo gracioso y no te ríes.

—Cuando quiera oír algo gracioso volveré a llamarte.

Después de colgar preparó una bolsa y condujo hacia el desierto.

*Al principio de casarme con Carter y de que mi nombre empezara a aparecer en las columnas recibía cartas de gente loca. No estoy muy comprometida con los problemas que cabría llamar de nuestro tiempo pero me preocupa este en particular, el loco que me escribe una carta. Ya no es necesario tan siquiera que me la escriban. Sé cuándo alguien está pensando en mí. Aprendo a lidiar con ello.*

La primera noche en el calor inmóvil del motel del desierto Carter le dio la espalda a Maria sin hablar. La segunda noche se levantó y se acostó en la cama del otro cuarto.

—Qué ocurre —dijo Maria, de pie en el umbral a oscuras.

—Esto no mejora.

—Cómo lo sabes.

Él no dijo nada.

—Ni siquiera lo intentamos.

—Tú no quieres.

—Sí que quiero.

—No —dijo él—. No quieres.

Maria dio media vuelta. A partir de entonces Carter o ella durmieron casi todas las noches en el otro cuarto. Unas noches él decía que estaba cansado y otras ella decía que quería leer, y algunas noches ninguno decía nada.

En el motel del desierto había dos habitaciones, y un cuarto de baño con una ducha metálica cubierta de cal y una pequeña cocina con platos desportillados y una mesa cubierta con un hule. El aire acondicionado no funcionaba, y a través de las ventanas abiertas por la noche Maria oía la gramola del bar del otro lado de la carretera. Las noches que Carter no conseguía dormir, ella yacía completamente inmóvil, con los ojos cerrados, y esperaba a que Carter comenzara a abrir y cerrar cajones, a dar portazos y a arrojar revistas por encima de la cama de ella.

—No me estás despertando —le decía Maria entonces—. No estaba durmiendo.

—Pues duérmete, puta. Duérmete. Muérete. Vegetal de mierda.

Luego Carter se dormía. Ella no.

Para cuando Maria se despertaba hacia las ocho y media o las nueve de la mañana ya estaban a cuarenta, cuarenta y tres grados. Carter ya se había ido. Durante la primera semana Maria se lavaba en el hilillo de agua que caía de la ducha y se bebía una Coca-Cola en el baño y luego salía en coche hacia el rodaje, pero el lunes de la segunda semana Carter le pidió que se marchara a la hora del almuerzo.

—Pones nerviosa a Susannah —le dijo—. Es solo su segunda película, está preocupada por trabajar con Harrison y además tú estás aquí... La cuestión es que cuando una actriz está trabajando hay cierto...

—He trabajado un par de veces. De actriz.

Carter evitó mirarla a los ojos.

—Podrías hacer algo con Helene.

—Podríamos ir al teatro.

El pueblo estaba en el lecho de un río seco entre el Death Valley y la frontera de Nevada. Carter y BZ y Helene y Susannah Wood y Harrison Porter y casi todo el equipo no lo consideraban siquiera un pueblo, pero Maria sí: era más grande que Silver Wells. Además del motel, que estaba construido con bloques de hormigón y regentado por la mujer del ayudante del *sheriff* que patrullaba los cientos de kilómetros cuadrados desiertos que rodeaban la población, había dos gasolineras, una tienda que vendía carne y verdura fresca una vez a la semana, una cafetería, una iglesia pentecostal y el bar, que solo servía cerveza. El bar se llamaba El Cuarto de Cascabeles.

Había una casa de baños en el pueblo, un cobertizo de aluminio con una fuente termal canalizada hasta una piscina de cemento muy poco honda, y debido a las termas la ciudad atraía a los ancianos, que creían en las curas y el poder reconstituyente de la desolación, parejas de ochenta y noventa años que recorrían el desierto en caravana. Había algunas docenas de casas de hormigón, dos parques de caravanas y, en la carretera de tierra que ejercía de calle principal, la oficina de una mina de talco abandonada llamada la Reina de Saba. La oficina estaba tapiada. Ochenta kilómetros al norte se suponía que había una escuela, pero Maria no vio a ningún niño.

—No puede decirse que este sea un mal lugar —le dijo a Maria la mujer que regentaba la cafetería. El ventilador estaba estropeado y la puerta abierta y la mujer espantaba a las moscas con desgana—. He vivido en sitios peores.

—Y yo —dijo Maria.

La mujer se encogió de hombros.

A última hora del día el termómetro de fuera de la recepción del motel marcaba entre cuarenta y ocho y cincuenta y cuatro grados. Los ancianos cubrían las ventanillas de las caravanas con papel de plata para reflejar el calor. Había dos árboles en el pueblo, dos álamos en el lecho seco del río, pero uno estaba muerto.

—Estás con los de la película —le dijo el chico a la entrada de la casa de baños. Tenía unos dieciocho años y la piel blanca y acneica y llevaba un sombrero de paja para protegerse del sol—. Lo deduje ayer.

—Mi marido lo está.

—¿Quieres saber cómo lo deduje?

—Cómo —dijo Maria.

—Porque... —El chico se miró las uñas mugrientas, como si ya no confiara en que la historia ilustrara una especial sagacidad—. Porque conozco personalmente a todos los de por aquí —dijo entonces, con la vista en las uñas—. Quiero decir que deduje enseguida que no te había visto antes.

—Pues en realidad soy de los alrededores. —Maria no había hablado con nadie en todo el día y no quería entrar en los baños. Ni siquiera sabía por qué había ido a la casa de baños. Estaba llena de viejos, con la piel flácida sonrosada por el agua, sentados sin moverse en el borde de la piscina cuidando cánceres terminales, quistes y miedo—. De hecho me crié en Silver Wells.

El chico la miró sin inmutarse.

—Al otro lado de la frontera. Está en el campo de pruebas.

—Ya ves —dijo el chico, y entonces se inclinó hacia delante—. Tu marido no será Harrison Porter, ¿no?

—No —dijo Maria, y luego no quedó nada que añadir.

—Mi habitación, mis reglas. —Susannah Wood estaba sentada en su cama liando cigarrillos—. Así que subid el volumen.

Carter se acercó al conjunto de amplificadores y altavoces y cintas que Susannah se había traído al desierto.

—Alguien se quejará —repitió Maria.

—Y qué —dijo Susannah Wood, y luego se rio—. Maria cree que van a arrestarnos por posesión. Maria cree que ella ya montó el mismo numerito en Nevada.

BZ levantó la vista.

—Bájalo, Carter.

Susannah Wood miró primero a BZ y luego a Maria.

—Súbelo, Carter.

Maria se levantó. Era medianoche y solo llevaba un bikini viejo y el pelo húmedo pegado a la nuca.

—No me caéis bien —dijo—. Me dais todos asco.

Susannah Wood se rio.

—No tiene gracia, Maria —dijo Helene.

—Me ponéis enferma. Es algo físico.

Helene cogió un tarro de entre el revoltijo del tocador de Susannah Wood y empezó a extenderle crema por los hombros a Maria.

—Si no tiene gracia, no lo digas, Maria.

—Qué pasa con Susannah —le preguntó Maria a Carter.

Se cepillaba el pelo al sol, de pie junto a la ventana.

—Qué pasa con ella.

Maria se dio veinte pasadas más con el cepillo y luego fue al baño.

—Pregunto si de verdad te gusta tirártela.

—No especialmente.

—Me pregunto por qué no —dijo Maria, y cerró la puerta del baño.

—Dónde está Carter —preguntó Maria al entrar en el cuarto de BZ.

—Hemos tenido problemas con Harrison, se ha quedado a pulir una escena con él. ¿Te apetece beber algo?

—Supongo. ¿Piensan volver?

—He quedado con ellos en Las Vegas. Helene ya está allí.

—No cenemos otra vez en el Riviera.

—A Harrison le gusta el Riviera.

Maria se recostó en la cama de Helene.

—Estoy harta de Harrison. —Lamió el interior del vaso y dejó que el *bourbon* le bañara la lengua—. Un poco de hielo no estaría mal.

—El congelador está estropeado. Líate un porro.

Maria cerró los ojos.

—También estoy harta de Susannah.

—De qué más estás harta.

—No lo sé.

—Ya casi estás ahí —dijo BZ.

—Dónde.

—Donde yo.

Llevaban tres semanas en el desierto cuando le dieron una paliza a Susannah Wood en una habitación de hotel de Las Vegas. El publicista acudió de inmediato y Harrison Porter montó por sorpresa un telemaratón para la fibrosis quística en el sur de Nevada y no se mencionó para nada el incidente. Cuando Maria le preguntó a Carter por lo ocurrido él se encogió de hombros.

—Qué más da —dijo él.

Susannah Wood no solo estaba malherida sino con la cara magullada y no podían fotografiarla. Carter intentó filmar sin ella hasta que los moretones bajaran y pudieran disimularse con maquillaje pero al final de la cuarta semana llevaban diez días de retraso.

—¿Ha sido Harrison?

—Ya está, Susannah está bien, déjalo ya. —Carter estaba de pie junto a la ventana esperando que llegara el coche de BZ. Este había ido a la ciudad a varias reuniones en el estudio—. Susannah no se lo toma tan a pecho como tú. Así que olvídale.

—¿Has sido tú?

Carter la miró.

—Si piensas eso, lárgate ahora mismo.

En silencio, Maria sacó una maleta y comenzó a descolgar su ropa de las perchas. En silencio, Carter la observó. Cuando BZ entró ninguno de los dos había hablado en los últimos diez minutos.

—Van a por ti —dijo BZ.

Soltó las llaves en la cama y sacó una bandeja de hielo del congelador.

—Creía que les había gustado el copión.

—A Ralph le gusta. Kramer dice que es muy interesante.

—Qué significa eso.

—Significa que quiere saber por qué no ha visto uno o dos planos generales, primer plano y reacción en cada secuencia.

—Si empezara a cubrirme las espaldas en cada secuencia comenzaríamos las apuestas dos a cinco.

—Muy bien, pues entonces significa otra cosa. Significa que quiere que Ralph se ahorque con tu soga. —BZ miró a Maria—. ¿Qué está haciendo?

—Pregúntaselo a ella —dijo Carter, y salió.

—Fue Harrison —dijo BZ—. Cuál es el problema.

—Carter estaba allí. ¿A que Carter también estaba?

—Sencillamente se les fue un poco la mano.

Maria se sentó en la cama al lado de la maleta.

—Carter estaba allí.

BZ se quedó mirándola un buen rato y luego se echó a reír.

—Pues claro que estaba. Carter estaba con Helene.

Maria no dijo nada.

—Si vas a fingir que te importa quién folla con quién y dónde y cuándo y por qué, te estás engañando.

—A mí me importa.

—No —dijo BZ—. No te importa.

Maria miró por la ventana al arroyo seco de detrás del motel.

—Sabes que no. Si te importaran esas cosas ya te habrías marchado. No vas a irte a ninguna parte.

—Por qué no me traes una copa —pidió al fin Maria.

—Qué ocurre —preguntaba Carter cuando la veía sentada a oscuras a las dos o las tres de la madrugada con la vista clavada en el arroyo seco—. Qué quieres. No puedo ayudarte si no me cuentas lo que quieres.

—No quiero nada.

—Cuéntamelo.

—Acabo de hacerlo.

—Pues a la mierda. A la mierda todo y a la mierda tú. Estoy hasta aquí de ti. Se acabó. Estoy harto de ojeras y venas marcadas en los brazos y arrugas en la cara y la puta depresión menopáusica...

—No pronuncies esa palabra.

—Menopausia. Vieja. Vas a hacerte vieja.

—Sigue soltando burradas y me iré.

—Vete. Por amor de Dios, vete.

Ella no apartaba la vista del arroyo.

—Muy bien.

—No —decía entonces él—. No te vayas.

—Por qué me dices esas cosas. Por qué quieres discutir.

Él se sentaba en la cama y apoyaba la cabeza en las manos.

—Para descubrir si estás viva.

Al calor de algunas mañanas Maria se despertaba con los ojos hinchados y pesados y se preguntaba si habría estado llorando.



Les quedaban diez días en el desierto.

—Vente a verme filmar —dijo Carter.

—Luego —dijo ella—. Quizá más tarde.

En cambio se sentó en la recepción del motel y examinó las fotografías enmarcadas del ayudante del *sheriff* de accidentes de tráfico, imaginó el instante del impacto, saboreó la sangre en la boca seca y repasó el grano de las instantáneas con una lupa en busca de detalles que no fueran evidentes a primera vista, el diente postizo que sabía que habría en el asfalto, la serpiente de cascabel que sospechaba que habría en el terraplén. Al día siguiente pidió una pistola prestada a un especialista y salió en coche a la carretera a disparar a las señales de tráfico.

—Muy edificante —dijo Carter—. Por qué lo has hecho.

—Porque sí.

—Quiero que le devuelvas la pistola a Farris.

—Ya lo he hecho.

—No quiero pistolas por aquí.

Maria lo miró.

—Yo tampoco —dijo ella.

—No aguanto más esa mirada vidriosa —dijo Carter—. Quiero que te levantes. Quiero que hoy vengas con nosotros.

—Luego —dijo Maria.

En cambio se sentó en la cafetería y charló con la encargada.

—Ahora cierro hasta las cuatro —dijo la mujer a las dos—. Habrás visto que lo indica en la puerta, horario de seis a dos, de cuatro a...

—Seis y media —dijo Maria.

—Bueno. Pues ya lo has visto.

—Qué haces entre las dos y las cuatro.

—Voy a casa, normalmente... —La mujer miró a Maria—. Oye. ¿Quieres venir a ver mi casa?

La casa estaba en las afueras del pueblo, era un remolque con cimientos de hormigón. En lugar de jardín había una limpia explanada de cemento, bordeada por una cerca en zigzag, más allá de la cual se extendían cientos de kilómetros de dunas.

—Tengo la única cerca de los alrededores. La construyó Lee antes de largarse.

—Lee. —Maria intentó recordar en qué historia de la mujer aparecía Lee—. Adónde se fue.

—Se buscó una chica en Barstow. Ya te lo he contado. Doreen Baker.

La arena se colaba por la cerca hasta el cemento, rodeando los postes, cubriendo la silla de respaldo recto de una fina película. Maria se echó a llorar.

—Cielo —dijo la mujer—. ¿Estás preñada o algo?

Maria negó con la cabeza y buscó un pañuelo de papel en el bolsillo. La mujer cogió una escoba y se puso a barrer la arena en montoncitos, que luego empujaba de vuelta hacia la cerca. Mientras barría entraba arena nueva.

—¿Alguna vez has tomado una decisión? —dijo la mujer de pronto, dejando la escoba contra la cerca.

—Sobre qué.

—Yo tomé mi decisión en el sesenta y uno en una reunión en Barstow y desde entonces no he vuelto a derramar una lágrima.

—No —dijo Maria—. Yo nunca lo he hecho.

*Cuando tenía diez años mi padre me enseñó a calcular con bastante rapidez las probabilidades variables de una mesa de dados: sabía reproducir la mesa con los ojos cerrados, el paño y la línea de pase alrededor, hasta el dinero apostado al Gran Seis o el Gran Ocho, a cinco por uno en Cualquier Siete. Siempre que la rememoro la voz de mi padre tiene un carraspeo profesional, según vengan, no lo fuerces. Mi padre solía decirme que la vida era como un juego de dados: fue una de las dos lecciones que aprendí de niña. La otra era que al levantar una piedra podías encontrarte una serpiente de cascabel. En cuestión de lecciones ambas son correctas, pero ninguna viene al caso.*

Se sentó en el motel a la luz del atardecer mirando al arroyo seco hasta que sus estriaciones y granos cambiantes le parecieron una maqueta de la tierra y la luna. Cuando entró BZ no levantó la vista.

—Déjame distraerte un poco —dijo al fin BZ.

Maria no dijo nada.

—Podría despotricar de Harrison por llamar cerdo cabrón a uno de los maquinistas.

—Por favor, no fumes aquí, BZ.

—Por qué no.

Ella se levantó y llenó un vaso de agua templada del grifo.

—Porque es delito.

BZ se rio. Maria se sentó en la cama y se bebió el agua y lo observó liarse un cigarrillo.

—Te he dicho que no fumes, BZ.

—Tengo la impresión de que quieres que me vaya.

—No me apetece hablar con nadie.

—No tienes que hablar conmigo. —Encendió el cigarrillo y se lo pasó—.

¿Quieres saber dónde está Carter?

—Está rodando.

—Maria, son las siete y media.

—Me rindo.

—Está con Helene.

—Creía que no tenía que hablar contigo.

—No estás prestando atención, Maria. Carter se está tirando a Helene. Pensaba que esas cosas te importaban mucho.

Maria se levantó y se acercó a la ventana. En los pocos minutos que BZ había estado distrayéndola la luz en el arroyo seco había cambiado. Mañana pediría prestada una cámara y la plantaría veinticuatro horas junto al arroyo.

—Dime qué importa —dijo BZ.

—Nada —dijo Maria.

*Si Carter y Helene quieren creer que pasó porque yo estaba loca, que lo crean. Tienen que responsabilizar a alguien. Carter y Helene siguen creyendo en la relación causa-efecto. Carter y Helene también creen que la gente está cuerda o loca. Solo una vez, la semana después del desierto, cuando Helene vino a verme a Neuropsiquiatría, intenté explicarle lo equivocada que estaba al gritarme aquella última noche sobre mi despreocupación, mi egoísmo, mi locura, como si de algún modo se me hubiera escapado lo que estaba haciendo BZ. Le dije: No hubo despreocupación. Helene, le dije: Sabía perfectamente lo que estaba haciendo BZ. Pero Helene se limitó a seguir gritando.*

*A la mierda, le dije a Helene. A la mierda, les dije a todos, cirujana radical de mi propia vida. No discutir jamás. Cortar. En ese sentido me parezco al único hombre en el condado de Los Ángeles que hace un trabajo limpio.*

—Tú qué opinas —le preguntó Maria a Carter.

—De qué.

—De lo que acabo de contarte. Del hombre del parque de caravanas que le dijo a su mujer que salía a dar una vuelta para hablar con Dios.

—No estaba escuchando, Maria. Suéltame la gracia final.

—No tiene gracia, la patrulla de carretera lo encontró muerto, le había mordido una cascabel.

—Pues claro que tiene gracia.

—¿Crees que habló con Dios?

Carter la miró.

—Me refiero a si crees que Dios le contestó. ¿O no?

Carter salió de la habitación.

El calor pegaba fuerte. El aire titilaba. Iban a detonar un artefacto nuclear en el subsuelo de lo que había sido Silver Wells, y Maria se levantó antes del amanecer para sentir la explosión. No sintió nada.

—Te estoy dando otra oportunidad —dijo Carter cuando la vio sentada junto a la ventana—. Dime lo que quieres.

—Nada.

—Quiero ayudarte. Dime lo que sientes.

Ella miró la mano que le tendía.

—Nada —repitió.

—Como vuelvas a decir eso te juro por Dios...

Ella se encogió de hombros. Él se fue del motel.

Les quedaban tres días en el desierto.

*Menos cuando dejan pasar a Carter o a Helene, no me importaba estar en Neuropsiquiatría y no me importa estar aquí. Nadie me molesta. El único problema es Kate. Quiero a Kate.*

—Hemos filmado el último plano general esta tarde después de irte —dijo Carter cuando llegó con Helene—. Tres posiciones de cámara por la mañana y para casa. Fantástico.

—Susannah ha estado fabulosa —dijo Helene—. Superbién.

BZ no dijo nada. Maria miraba por la ventana.

—Deberías haber visto a Carter trabajando con ella.

—Apuesto a que ha estado fabuloso —dijo BZ—. Total.



*La única vez que Ivan Costello consiguió que la centralita lo pasara para hablar conmigo me acusó de haber perdido el sentido del humor. A pesar de lo que piensen Carter y Helene, tal vez lo único que haya perdido sea el sentido del humor.*

—Hoy has estado fantástica —dijo Helene cuando entró Susannah Wood.

—Superbién —dijo BZ—. La has clavado.

Susannah Wood se tumbó en la cama de Maria.

—Vamos a Las Vegas.

—Ya está organizado. —Helene no miró a BZ—. Ha venido Sylvie Roth, y Cassie y Leona y...

BZ se levantó.

—Id vosotros a Las Vegas.

—¿No quieres ver a Sylvie?

—No.

—¿No quieres ver el último espectáculo de Leona?

—No.

Los tendones se tensaron en el cuello de Helene.

—Qué quieres exactamente.

Susannah Wood soltó unas risillas.

—Hoy he visto las listas de ventas, el sencillo de Leona se ha quedado en el puesto ochenta y cinco.

BZ miró a Helene.

—Exactamente nada —dijo BZ en tono amable.

Maria tiró una bandeja de cubitos al suelo.

*Carter y Helene todavía preguntan. Yo solía preguntar, y obtuve la respuesta: nada. La respuesta es «nada». Ahora que conozco la respuesta, mis planes de futuro son los siguientes: 1) conseguir a Kate, 2) vivir sola con Kate, 3) hacer conservas. Ciruelas damascenas, albaricoques. Salsa dulce de la India y melocotones encurtidos. Chutney de manzana. Succotash de calabacín. Hasta es posible que exista un mercado listo para tales conservas: observarás que pese a todo sigo siendo la hija de Harry y Francine Wyeth y la ahijada de Benny Austin. Por lo que sé diría que ellos también conocían la respuesta, y fingían que no. Llamas a las cosas por su nombre y apechugas. BZ no pensaba lo mismo. Si Carter y Helene no se andan con cuidado también descubrirán la respuesta.*

—Creía que estarías en Las Vegas —dijo BZ cuando Maria abrió la puerta. BZ llevaba una botella de vodka en la mano y a pesar del calor vestía americana y corbata—. Con Carter y Helene y Susannah y Harrison y Sylvia y Cassie y Leona y...

—Sabías que no iría.

Maria volvió a tumbarse en la cama.

—Está bien, ya lo sabía. —Él se sentó en el borde de la cama y se aflojó la corbata—. Mírame, todo emperifollado. Por qué estás acostada a las nueve.

—Por qué no.

—Genial.

Maria lo miró.

—Dime por qué estás triste.

—Eres una buena chica. —Toda la musculatura parecía haber abandonado el rostro de BZ. Dejó la botella de vodka y se llevó la mano al bolsillo—. ¿Sabes qué son?

Esparció veinte o treinta cápsulas por la cama antes de que pudiera responder.

—Seconal de 97 mg —dijo ella.

—¿Quieres?

Maria lo miró.

—No.

—Sigues jugando. —BZ no apartó sus ojos de los de ella—. Un día te despertarás y ya no tendrás ganas de jugar.

—Así es como lo haría una reina.

—Jamás habría dicho que recurrirías al estilo para discutir.

—No estoy discutiendo.

—Lo sé. ¿Crees que estaría aquí si no lo supiera?

Ella lo cogió de las manos y no lo soltó.

—Por qué estás aquí.

—Porque tú y yo sabemos algo. Porque hemos estado donde no hay nada. Porque quería... ya sabes por qué.

—Acuéstate aquí —dijo ella al rato—. Duérmete.

Cuando él se tumbó a su lado las cápsulas de Seconal rodaron por la sábana. En el bar del otro lado de la carretera alguien volvió a poner «King of the Road» en la gramola, y fuera estalló una discusión y se rompieron botellas. Maria cogió la mano de BZ.

—Escúchalos —dijo él—. Intenta imaginar que te quedasen motivos suficientes para romper una botella.

—Sería muy bonito —dijo Maria—. Duérmete.

Estaba casi dormida cuando notó que el peso de él había cambiado.

—No. —Después de haberlo dicho, Maria abrió los ojos.

Él estaba tragándose las cápsulas con un vaso de agua. No quedaban muchas sobre la cama.

—No empieces a fingir conmigo ahora. —BZ apagó la luz y volvió a acostarse—. Cógeme la mano. Vuelve a dormirte.

—Lo siento —dijo ella al rato.

—No me sueltes —dijo BZ.

Cuando Maria volvió a despertarse la habitación resplandecía de luz y Carter estaba sacudiéndola y Helene gritando. Maria pensó que nunca había oído a nadie gritar como Helene. Cerró los ojos para evitar la luz y los oídos para evitar a Helene y la mente para evitar lo que iba a suceder en las siguientes horas y apretó con más fuerza la mano de BZ.

*Hoy ha llamado Carter, pero no me ha parecido que tuviera sentido hablar con él. En general no hablo con nadie. Me concentro en el modo en que daría la luz en unos tarros Mason llenos sobre un alféizar de la cocina. Me tumbo al sol, observo al colibrí. Esta mañana he lanzado las monedas a la piscina, y han relucido y girado en el agua de un modo que casi me ha dado ganas de leerlas. Me he refrenado.*

*Una cosa en mi defensa, aunque no importa: yo sé algo que Carter nunca ha sabido, ni Helene, ni tal vez tú. Sé lo que significa «nada», y sigo jugando.*

*Por qué, diría BZ.*

*Por qué no, digo yo.*



JOAN DIDION (Sacramento, 1934). Es novelista y periodista. Graduada por la Universidad de Berkeley en California, le fue concedido el doctorado *honoris causa* en letras por las universidades de Harvard y Yale. Comenzó trabajando en la revista *Vogue*, donde fue editora y crítica de cine, y ha sido colaboradora habitual de *The New York Review of Books*. Junto a su marido, John Gregory Dunne, escribió también guiones cinematográficos, entre los que se encuentra el que se basa en *Según venga el juego*, llevada al cine por Frank Perry y protagonizada por un joven Anthony Perkins. Es autora de las novelas *Run River*, *Book of Common Prayer*, *Democracy*, *The Last Thing He Wanted* y este *Según venga el juego*. También ha escrito varios libros de autoficción, como *Where I Was From*, *Noches azules* y la aclamada *El año del pensamiento mágico*, que fue ganadora del National Book Award y finalista del Premio Pulitzer y del National Book Critics Circle Award. También ha publicado diversos libros de ensayo sobre la cultura y la política norteamericanas, una selección de los cuales se incluye en *Los que sueñan el sueño dorado*.